4. EL IL.·. P.·. H.·. Y LA REVOLUCIÓN DEL MEDIO SIGLO

El prodigioso año de 1848 empezó con una fanfarria de cambios que dejaron al recién venido Juan José Nieto y sus compañeros admiradores de Francia profundamente conmovidos: en efecto, se derrumbaba la monarquía de Luis Felipe de Orléans y se proclamaba la República. Pensarían los cartageneros republicanos: nada mejor para nosotros, que así veremos multiplicarse nuestro apoyo político democrático y ampliarse nuestros mercados en el Viejo Mundo. ¡Así se cumple la ley universal del progreso!

La noticia, traída a Cartagena por la Mala Real británica a comienzos de marzo, confirmó la marea de comentarios de prensa recibidos de Bogotá. ¡Se trataba de una revolución socialista! El periódico capitalino El Día ofrecía ya un artículo en serie (del 24 de junio al 29 de agosto) sobre el socialismo, firmado por un tal Egerius, que servía para orientar inicialmente a los interesados en ayunas del problema. Conclusión: había que conseguirse las obras de Alfonso de Lamartine, P. J. Proudhon, Saint-Simon y otros pensadores, leerlas a fondo y remozarse intelectualmente. No eran ya suficientes las lecturas que se habían hecho de novelistas románticos como Victor Hugo, Eugenio Suè y Alejandro Dumas que simpatizaban con las clases populares, ni las de otros autores críticos más antiguos como Voltaire y Rousseau, Bentham y Say que habían agitado las reuniones estudiantiles y de profesores en los pasillos de la Universidad de Magdalena e Istmo. Había que ponerse al día, y el santo y seña era el "Socialismo". [A]

Otros hechos de 1848 eran igualmente portentosos para los

4. HACIA LA FORMACIÓN SOCIAL NACIONAL: LA SUPERESTRUCTURA DEPENDIENTE

Juan José Nieto y Adolfo Mier vivieron un perido de siete años entre 1848 y 1854 que los más autorizados historiadores colombianos y extranjeros coinciden en señalar como de cambio revolucionario, el primero realmente radical en Colombia desde la época colonial. Tienen razón: acababa de nacer la formación social nacional e irrumpía con fuerza el modo de producción campesino o mercantil simple que había venido dando pasos desde décadas anteriores (capítulo 3B).

El momento culminante formal de este proceso fue el congreso de 1850-1851 donde tuvieron asiento los representantes más decididos y críticos de las burguesías regionales reunidos en el nuevo partido liberal, entre ellos Juan José Nieto como representante de Cartagena, cuando se aprobaron varias leyes de trascendencia para el país que lo alejaron vigorosamente de la herencia colonial. Puede verse este momento como la formalización de una revolución democrático-burguesa impulsada por la masonería y una antiélite nacional, revolución que afianzaba el poder de nuevas oligarquías y abría las fronteras patrias a la dominación comercial y empresarial europea (Inglaterra, Francia y Alemania en esta primera etapa).

Por supuesto, las leyes radicales de 1850-1851 no fueron origen de la revolución democrático-burguesa del medio siglo: fueron más bien el registro reflejado —en la superestructura— de aquel proceso histórico-natural que venía avanzando con su propia dinámica desde mucho antes, cuya velocidad se había acelerado a causa de la lucha ideológica atizada por la revolu-

costeños y para los granadinos en general. Al descubrirse oro en California, empezó el torrente de "prospectores" a pasar por Panamá y otros puertos en busca de las nuevas riquezas, y se contrató la construcción del ferrocarril del Istmo. Los barcos de todas las nacionalidades, incluidos los norteamericanos, empezaron a hacer escala regular en Santa Marta y Cartagena. El canal del Dique volvió a estar casi navegable gracias a los trabajos del contratista Jorge Totten. El gringo J. A. Bennett estableció en la capital el primer gabinete fotográfico por el sistema de Daguerre. El 23 de mayo el Congreso Nacional ordenó por fin cesar el monopolio o estanco del tabaco, a partir del 1o. de enero de 1850: esto habría de activar el comercio y estimular nuevas siembras. Además, el mismo Congreso había ordenado disminuir el pie de fuerza militar.

Para los nostálgicos de los peninsulares y los que seguían pensando en monarquía para la Nueva Granada, llegó la triste noticia de la muerte, el 10 de septiembre de 1848, de la última marquesa momposina, la de Torre Hoyos, doña María Josefa Isabel de Hoyos (tomo I). Los liberales habían tumbado al dictador José Antonio Páez en Venezuela e impuesto como mandatario al general José Tadeo Monagas. Con tantas cosas ocurriendo simultáneamente, había que mirar hacia el futuro y trabajar con las masas para ayudarlas a construir la nueva sociedad, la utopía. Entre otras cosas, había que politizarlas, dejando atrás la herencia colonial. Había que prepararlas para el libre comercio y enseñarles a prosperar mediante el esfuerzo individual y el ahorro.

¿Quiénes mejor para dirigir estas importantes tareas que los enterados, es decir, los profesores e intelectuales críticos de la ciudad y los miembros cultos de la burguesía dominante que querían cambiar la sociedad?, pensaron ellos mismos. Por supuesto: el doctor Rafael Núñez, los abogados doctor José Manuel Royo y Antonio Benedetti, el ilustre abogado y médico Vicente A. García, y el jovial boticario campechano don José Araújo (apodado "la zamba jarocha", padre del educador Simón Araújo) se reunieron con el escritor y coronel Juan José Nieto para trazar una estrategia política adecuada a la explosiva y tentadora situación existente. [B]

Ante todo, debían constituirse en núcleo cartagenero principal del partido liberal que ya se conformaba oficialmente en muchas partes —con la bandera roja de los motines parisinos—, por los antiguos federalistas y santanderistas, es decir, los vie-

Rafael Núñez joven, cuando era protegido político de Nieto. (Cuadro de Garay).

jos antiministeriales. El eminente copartidario Ezequiel Rojas así lo proclamaba en Bogotá en el periódico El Aviso, cuyas copias se habían recibido y leído con interés en Cartagena.

Las ideas del nuevo partido liberal resultaban opuestas a las del conservatismo absolutista, dictatorial y clerical —llamado godo desde entonces—, puesto que debían inspirarse en la última revolución francesa y en los principios republicanos y socialistas allí proclamados. Y con esas ideas como implacable martinete habría de darse la lucha por la toma del poder en las elecciones presidenciales venideras (las de 1849), con el "valiente, honradote y apreciable" general José Hilario López como candidato, aunque éste hubiera preferido quedarse cazando venados en los llanos de Gigante a luchar por la causa liberal en 1841.

Naturalmente, había que buscar el respaldo popular. El grupo de base más afín e inmediato del núcleo intelectual era el de los artesanos, antigua cauda electoral de Nieto, cuyo afecto por el dirigente baranoero se vio aumentado por el destierro de éste en los últimos años. Tal como en los clubes parisinos de entonces, podían organizarse los trabajadores cartageneros en sociedades culturales, para impartir educación básica en reuniones nocturnas que se fueran radicalizando en beneficio del partido liberal. Y para suministrar el material educativo y político, era necesario fundar un periódico redactado por el núcleo intelectual con uno que otro escrito de las bases.

Nacen así en Cartagena, casi simultáneamente, la Sociedad Democrática de Artesanos y el periódico semanal La Democracia, con oficinas en la calle Badillo No. 55 y cuyo primer número salió el 1o. de abril de 1849,¡vendido al público a un real la copia, y con cualquier aviso gratis! A la inauguración, naturalmente, no concurrió el gobernador conservador de la provincia, general Joaquín Posada Gutiérrez, y este acto formal no se cumplirá sino el 11 de noviembre siguiente al contar Cartagena con nuevo gobernador liberal, el prestigioso caudillo José María Obando. Núñez fue confirmado como director de la nueva sociedad.

Nieto, con su reconocido talento de escritor, se encargó con Benedetti de coordinar la obtención de textos socialistas franceses y su traducción al castellano si no se consiguieran ediciones publicadas en España que pudiera haber en la librería e imprenta de Eusebio Hernández. Dos obras ya estaban a la disposición, prestadas por el cónsul de Francia en Cartagena: *¿Qué es la*

ción francesa de 1848 y la movilización comercial y campesina nacional de la última década.

Este cambio revolucionario, con su registro superestructural en la formación social, era inevitable si se tomaba en cuenta el desarrollo económico y social emprendido por la naciente república. A pesar del faccionalismo y de los conflictos civiles recientes, el pueblo granadino había luchado por la vida y logrado aumentar la riqueza nacional por lo menos en dos frentes: el de la producción de tierras vírgenes de latifundios recientemente invadidos por gente como los Mier y sus compañeros de Mompox, esto es, por la expansión del modo de producción campesino basado en el trabajo libre en fincas pequeñas y medianas; y el frente de la exportación de oro, tabaco y otros productos, con tendencias al aumento, lo cual reforzó al capital comercial y afirmó los mecanismos locales de acumulación originaria. Los señores-comerciantes prosperaban a raíz de estas actividades y aseguraban su dominio en la sociedad; y otras clases sociales, como las de los señores-latifundistas y ganaderos, manufactureros, burócratas, artesanos, libertos y campesinos libres buscaban acomodarse y progresar en el contexto de la nueva formación social.

Uno de estos sectores, el de los artesanos, pretendió asumir la vanguardia revolucionaria para defender sus propios intereses de clase que veían amenazados por el ascenso de la burguesía comercial. Sus esfuerzos, junto con los del sector intelectual antielitista que les nutrió ideológicamente, dieron al momento histórico un tinte socialista que no pasó de ser un espejismo. La realidad era otra, y la recolocación de los artesanos en un lugar secundario dentro de la nueva formación social se constituirá en motivo principal de la contrarrevolución subsiguiente.

Los cambios en el proceso histórico-natural constituían un Hecho. Les faltaba la Idea para entenderlos y universalizarlos. En búsqueda de la Idea, los granadinos no fuimos originales. Como se ha dicho tántas veces —y aquí lo confirmamos una vez más en lo que respecta a la región costeña— apelamos entonces a las doctrinas en boga en Europa: las derivadas del libre cambio y del socialismo utópico y romántico. Nuestra primera real revolución nacional — la democrático-burguesa de estos años— nació condicionada por el pensamiento del Viejo Mundo: fue una revolución colonizada y dependiente que nos mantuvo sujetos al desarrollo económico, político e intelectual de Europa. O como dirían hoy: fue condicionada por ideologías foráneas. Para

propiedad?, de Proudhon, y *El consejero del pueblo*, de Lamartine. Además, por sugerencia del mismo cónsul, se decidió suscribirse a La Presse, periódico socialista dirigido en París por Emilio de Girardin, considerado muy instructivo para estos fines.

El equipo de traductores se dedicó entonces a trabajar en firme. Había una "férvida actividad intelectual" que saturaba la región y todo el país, con decenas de publicaciones, centenares de reuniones y millares de discursos sobre la revolución francesa, el socialismo y la democracia.

Las discusiones y desacuerdos no tardaron en surgir. Por ejemplo, las conclusiones de Proudhon sobre la propiedad escandalizaron al grupo intelectual. ¿Cómo puede ser la propiedad un robo, según este autor? ¿Acaso no se ha consagrado en la Constitución nacional el sagrado e inviolable principio de la propiedad? ¿El mismo Nieto no lo consideraba así desde su folleto de 1834, como uno de los atributos físicos inherentes a la organización del hombre, absoluto e ilímite? (capítulo 1A). Tales tesis resultaron ser inaceptables para los liberales cartageneros: ellas debían ser el comunismo que tanto se atacaba también en Francia. Porque si se desarrollaran las ideas de Proudhon, quedarían todos metidos en el mismo molde, nivelados por lo bajo y con la gleba, impedidos de aprovechar los mecanismos democráticos de progreso individual que ofrecían imparcialmente (en teoría) el capitalismo y la industria. Así se podía ver en Inglaterra, caso ejemplar, en su gran prosperidad y poder. Descartemos, pues, a Proudhon, decían aquellos liberales. Aún más: ataquémoslo, porque no conviene a quienes queremos avanzar por nuestro esfuerzo individual en la sociedad. A las masas hay que ilustrarlas antes de soltarles la presa del comunismo. Deben proceder paso a paso en su ruta a la prosperidad y felicidad generales. Todavía no están maduras... Y así razonaba el grupo intelectual directivo, el núcleo inicial del partido del pueblo en Cartagena (La Democracia, febrero 20 de 1851).

En cambio, en Lamartine el grupo directivo encontró una emocionante mezcla de realismo político y romanticismo que halló útil para conmoverse a sí mismo e impeler a las masas a la acción. De allí se derivó la confusión muy fuerte que hubo entre democracia burguesa y socialismo de la que, como veremos, no se podrá salir por un buen tiempo. Pero el ejemplo revolucionario francés, incluyendo el papel central de los obreros y artesanos

bien o para mal, ello nos permitió moldear las instituciones políticas y gubernamentales básicas de la nueva formación social.

En resumen: la revolución del medio siglo fue un síntoma principal del nacimiento de la formación social nacional que suplantaba por fin la colonial. En este proceso tuvo papel central una antiélite mediada por la masonería que, a nivel de superestructura, transmitió la ideología del momento —un socialismo liberal burgués— y promovió la formación de una conciencia de clase en estratos inferiores de la sociedad. De rebote, esta misma conciencia también se aclaró y reforzó en las clases dominantes. El precio internacional pagado por este parto social (que venía de muy atrás, en efecto, tomo I) fue la dependencia económica del país al quedar éste colocado en la órbita capitalista mundial como productor de bienes agrícolas, pecuarios y minerales; y el colonialismo intelectual local en relación con el desarrollo cultural europeo. Pero las clases trabajadoras, parcialmente alejadas de aquellas influencias y peligros, procedían a la renovación y fomento autónomo de sus propios valores, como la técnica agrícola, la música popular y la herbología.

En este contexto, las provincias de la Costa Atlántica ejercieron considerable influencia nacional, y con ellas, Nieto y sus compañeros liberales de Cartagena.

[A] ¡1848! ¡El año cabalístico en el que confluye y se decanta toda una era de búsqueda de justicia a través de la igualdad y de reformas sociales y económicas en Europa! Estallan entonces, en la revolución francesa de ese año, los ideales de los filósofos naturalistas, las aspiraciones de los liberales, las tesis de los librepensadores, las formas expresivas de los románticos y las creencias de algunos clérigos.

No era para menos: se enfrentaban todos al espectro de la gran miseria producida por el capitalismo naciente y la violencia institucional que le acompañaba, con una horrible depresión en el salario y nivel de vida de los trabajadores. De la conflagración política resultante nacieron dialécticamente, como fuerzas vivas, los movimientos socialistas que hoy, como ayer, quitan el sueño a los explotadores de todas las pelambres. De ella igualmente surgió la eminencia de Francia en el mundo político y cultural contemporáneo: lo que ocurre en ese país en estos campos ha tenido y sigue teniendo importantes consecuencias en Colombia y otros países, donde ser francófilo (como lo fue Juan

en la lucha, se entendía mejor así, en los términos literarios e históricos de Lamartine que en los preceptos de Proudhon. En Cartagena se podrían duplicar eventualmente los famosos Girondinos, copiar los "clubes políticos" de París, preparar las barricadas. Por lo tanto, convenía publicar en serie la traducción de *El consejero del pueblo* —que llegaba al clímax con la famosa frase: "La república fue la palabra de la providencia en 1848"— tan pronto estuviera lista; y condenar las ideas comunistas de Proudhon y otros falsos socialistas. Así se cumplió en La Democracia en sucesivos números de 1849 y 1850.

La Democracia tuvo gran éxito y resonancia local y nacional. Las primeras agencias costeñas del periódico se establecieron en Sabanalarga, Barranquilla, Chinú, Lorica, Corozal, Mompox, Santa Marta, Ciénaga y Riohacha (aparte de las panameñas). Es muy posible que en estos pueblos y ciudades (y en otros añadidos después) se hubieran organizado también Sociedades Democráticas con los agentes y amigos del periódico y que, con base en ellos, el partido liberal se hubiera fortalecido en provincias. Ello era necesario porque los conservadores no habían quedado contentos con la elección de José Hilario López el 7 de marzo de 1849, pues la desconocían como impuesta por la violencia de los artesanos, y se aprestaban a levantarse con las armas en la mano (como ocurrió luego, por unos meses, en 1851).

El hablar de barricadas en Cartagena pronto dejó de ser un buen chiste. Los artesanos y otros grupos de trabajadores, libertos y esclavos empezaron a entender que sus intereses podían defenderse si en realidad se organizaban para actuar de manera revolucionaria, hasta bien armados y con mayor decisión que bajo las confusas órdenes del Supremo Carmona. Aunque se disimularan los términos en la redacción agridulce de Lamartine y se confundiese democracia burguesa con socialismo, era evidente la existencia en el país de una lucha de clases: la de los pobres contra los ricos, la de los explotados contra los explotadores.

Hasta La Democracia dejó escapar ciertas frases claves, probablemente redactadas por Núñez: "El trabajo (no el privilegio) es el elemento creador que esparce por el mundo el movimiento y la vida; nos acostumbramos a hallar en él la verdadera moral, la moral práctica" (No. 3, abril 20, 1849). "El principio socialista que proteje y defiende por su propio progreso la propiedad tal como existe, reconoce que la actual distribución de

José Nieto) puede dinamizar la vida intelectual crítica y facilitar el avance de los partidos de vanguardia social.

En un principio, a mediados del siglo XIX, los granadinos no recibimos sino el eco confuso de aquella polémica sobre socialismo y comunismo que dividía a los burgueses europeos de la época, especialmente los franceses y austriacos. Atrás habían quedado los primeros experimentos asociativos de Robert Owen; el impulso destructor de los luditas contra la máquina; la sedición de Lyon (1831) reveladora de la lucha interna entre los que todo tienen y los que no tienen nada, que inspiró una sonata de Liszt y la aplicación definitiva de la famosa sentencia de Saint-Simon: "He allí la explotación del hombre por el hombre". En cambio, en gran cacofonía, salían las voces casi simultáneas de Buchez sobre "socialismo cristiano", de Fourier sobre "democracia pacífica", de Proudhon sobre la propiedad, y de Marx y Engels en el Manifiesto Comunista. Con excepción de las de los dos últimos, estas voces quedaron cobijadas por la gran escuela del pensamiento y de la acción que se llamó *socialismo utópico*.

El socialismo utópico nació bicéfalo. Además de la política, su otra cabeza era el romanticismo. Venía éste de cristianos de mala conciencia, de humanistas que se estremecían al pensar que las naciones pudieran ser indiferentes a la triste suerte de los trabajadores explotados, personas que apoyaban la organización defensiva de éstos en un "Cuarto Estado" (además de los de la nobleza, el clero y la burguesía). Aparece así la pléyade de novelistas y poetas franceses inclinados a los problemas sociales, que distinguen la época y tánto influjo ejercieron en la Nueva Granada: Víctor Hugo, quien felicitaba a los trabajadores y declaraba que "todos somos obreros, y Dios también, y en vosotros el pensamiento trabaja aún más que la mano"; Eugenio Suè, con su *El judío errante y los misterios de París*; Alejandro Dumas y su serie de novelas de alto y bajo fondo; Alfonso de Lamartine, quien dedicaba a los trabajadores una de sus "Armonías poéticas", antes de proceder con *El consejero del pueblo* y *La historia de los girondinos*. Aparte de tántos otros autores románticos de diversas nacionalidades que tenían iguales tendencias sociales y políticas.

Según Engels, todos estos escritores "se limitaban a invocar la razón para echar los cimientos del nuevo edificio" de un socialismo en el cual los efectos de la propiedad estuvieran balanceados por la asociación y la solidaridad. Pero también invoca-

las riquezas y la inmensa desproporción de bienestar que ella produce entre los pocos que tienen mucho y la multitud que tiene poco, no se conforma de ningún modo con los verdaderos intereses y derecho de la humanidad [...] El socialismo, remontándose a la causa del malestar presente, se encuentra no con el robo, sino con los privilegios, con esas instituciones injustificables que con el nombre de aristocracia, feudalismo, servidumbre, mayorazgos o monopolios pusieron en manos de unos una suma de elementos de adquisición mucho más poderosa y segura que la que dejaron a la merced del mayor número''. (No. 64, febrero 20, 1851).

No importaba que en la misma edición se insistiera en lo sacrosanto de la propiedad (''no para arrebatar al rico sus riquezas y dárselas al proletario''). Se hablaba públicamente de las dos clases históricamente enfrentadas: los ricos y los pobres. Aunque en Cartagena y en el país, en ese momento, no hubiera muchas industrias ni manufacturas, ni tampoco muchos proletarios, esto es, asalariados dependiendo para vivir de su sola fuerza de trabajo. En cambio había muchos esclavos, arrendatarios, concertados y aparceros.

Las obvias diferencias entre las clases existentes no podían disimularse sino ideológicamente, y para ello el núcleo directivo liberal de Cartagena (como el de Bogotá y otras ciudades) hizo grandes malabares con la palabra. Empezó insistiendo en que democracia burguesa y socialismo eran en verdad la misma cosa y que, por lo tanto, al luchar por la primera se ganaba al mismo tiempo el segundo. Esta ambigüedad ideológica seguiría plagando las discusiones en el seno de la Sociedad Democrática sin que nunca se aclarara. Preguntaba un artesano: ¿Luego no existe entre nosotros la lucha de clases? Contestaba Núñez, como director de la Sociedad en una tribuna que empezaba a olerle a cuero curtido, según decía un cachaco: ''No exactamente, porque aquí se ha venido aplicando el socialismo. ¿Qué otra cosa es el sistema republicano democrático que hemos abrazado tanto tiempo hace, con más o menos extensión o comprensión? El gobierno del general López cumple estos principios socialistas''. Le añadía Nieto a su vez: ''¿Qué otra cosa significa la abolición de los mayorazgos y demás vinculaciones inenajenables?''. Y por su parte redondeaba el doctor Royo: ''¿Qué otra cosa significa, recapitulándolo todo, el principio de la igualdad consagrado en la Constitución y reconocido por todos? Todas éstas son hermosas pinceladas del socialismo''. (La Democracia,

ban el corazón: sus escritos pasaban por Tomás Moro y Campanella. Por eso, como utópicas, sus obras podían distinguirse del *socialismo científico* propuesto en el Manifiesto Comunista que inspiró a los partidos de trabajadores europeos cobijados por la Primera Internacional, en décadas siguientes (Cf. K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas- I: Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850,* Moscú, 1971).

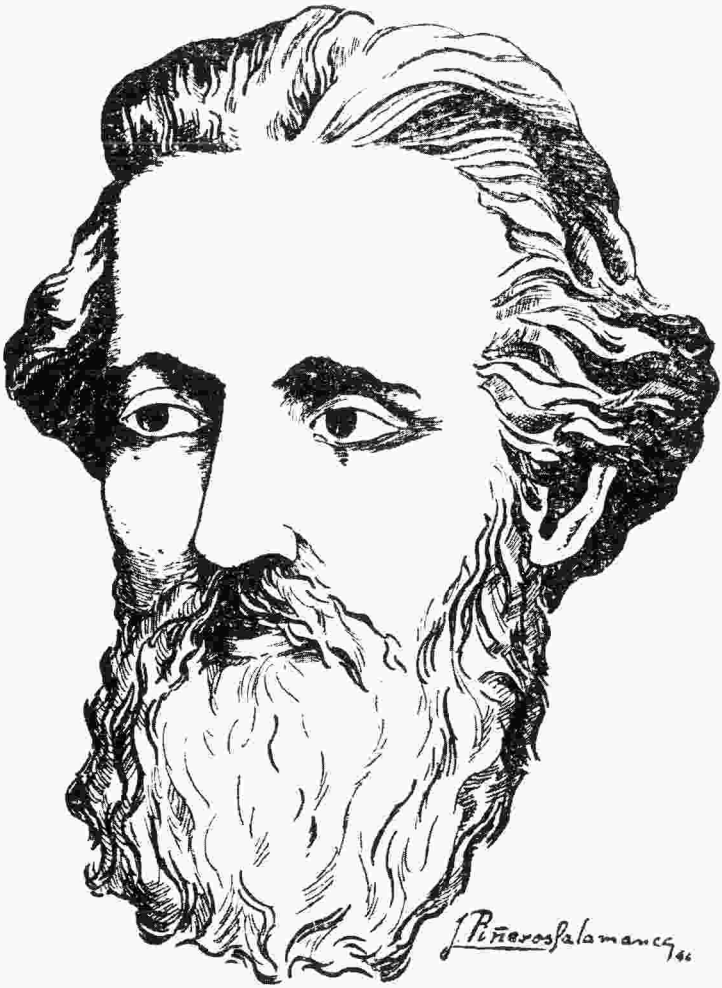
Estos partidos comunistas interpretaban los acontecimientos parisinos de 1848 como una lucha de clases. En efecto, como en ocasiones anteriores, las nuevas clases proletarias urbanas habían hecho su irrupción uniéndose a los artesanos para luchar contra los burgueses monárquicos y el sistema de poder. Su fracaso subsiguiente y el establecimiento del Imperio en Francia obscurecieron esta realidad clasista y no dejaron ver la pertinencia de los análisis marxistas en Francia hasta finales del siglo XIX. Por eso los francófilos de Nueva Granada tampoco dieron importancia a Marx en ese momento ni a la interpretación clasista de los hechos ocurridos: en efecto, no se menciona a Marx en ninguna parte a este lado del océano. Además, aquí había un impedimento histórico material para duplicar la revolución clasista de Francia: no existía aún ningún proletariado industrial comparable al que había actuado en las barricadas de junio de 1848 en París; fuera de los marginados trabajadores del campo, apenas unos centenares de obreros en algunas manufacturas y empleadas asalariadas en factorías de tabaco. Los artesanos bogotanos no podían ser el equivalente del proletariado en la sociedad granadina. Debían asumir su propio papel como actores de la historia, en las circunstancias concretas de lucha de clases como se expresaba en ese momento en Nueva Granada, con todas sus obvias limitaciones tácticas.

Por falta de una lectura más completa de la literatura política del momento, y más de una práctica pertinente, en Nueva Granada debía surgir, como en efecto surgió, una notable confusión entre socialismo y democracia burguesa: esto es, entre el socialismo utópico y la democracia que querían imponer los republicanos criollos desde la lucha contra la monarquía ibérica. El socialismo no llegó a entenderse entre nosotros en toda su cabalidad revolucionaria y clasista en la práctica, sino que dio lugar a una alucinación popular y a otro claro caso de colonialismo intelectual. Hasta Mariano Ospina Rodríguez (alto jefe conservador) se alegró equivocadamente al saber de la revolución francesa de 1848 y quiso que se echaran a vuelo las campanas

febrero 20 de 1851). (Naturalmente, el pincel no tocaba las bases tenenciales de la tierra, fuente de poder monopólico al cual no tenían sino reducido acceso los indios y campesinos granadinos que constituían las grandes mayorías, les habría observado Carlos Marx).

La cosecha de nuevas ideas críticas, de todos modos grande y rica, se aceleró con la llegada a Cartagena de los primeros números de la revista El Alacrán, editada en Bogotá en enero y febrero de 1849 por un cartagenero y un momposino: Joaquín Pablo Posada (hijo del exgobernador Posada Gutiérrez) y Germán Gutiérrez de Piñeres (descendiente de los próceres de la Independencia, el prisionero de Tescua que Mosquera había liberado personalmente). Esta mezcla de Mompox y Cartagena —tal como en 1811— resultó explosiva, como si del propio patio familiar salieran los peores fantasmas. ¿Cómo no reaccionar ante lo escrito en el número 4 de esta revista? Allí se decía, al lado de coplas chismosas más bien entretenidas: "Mientras veamos a los Calvos, Montoyas, Uribes, Lombanas, Escobares, Silvas y tantos otros que gastan en una noche de orgía en el traje de una mujerzuela o en una mesa de juego tánto y más de lo que bastaría para satisfacer las necesidades de cincuenta familias al día siguiente, levantaremos siempre resuelta y enérgica nuestra voz". Se mecían los artesanos de entusiasmo, pues entendían que el gobierno estaba en manos de una oligarquía enriquecida a costa del pueblo. Los Calvos, Amadores, Torices y otros conservadores de Cartagena, naturalmente, lanzaban alaridos de rabia. (Joaquín Pablo Posada va a darles un nuevo y desagradable susto cuando resucite políticamente, y trate de poner en práctica sus ideas radicales como editor del periódico oficial de la revolución artesanal-militar de 1854).

Las tensiones sociales subían de esta manera mientras se adelantaban las campañas en defensa de la democracia, esto es, del socialismo entendido a la Lamartine y Saint-Simon. El presidente López zigzagueaba: ponía presos a Posada y Piñeres para a pocos meses perdonarles su mamagallismo y dictarles un decreto de indulto. En las reuniones de la Sociedad Democrática, como entre los masones, se pasó a atacar una parte del clero —el que se ponía descaradamente a favor de los godos— y a promover una nueva expulsión de los padres jesuitas. Se estaba formando entre los artesanos y sus directivos un espíritu de lucha y sacrificio heroico en anticipación de lo que los camaradas franceses habían hecho en las barricadas de junio de 1848



Joaquín Pablo Posada, uno de los editores de El Alacrán (1849).

en París. Por eso Nieto se aprendió la famosa cuarteta de Louis Ménard (*Homenaje a los sublevados*) para recitarla en algunos de sus discursos:

> *"Vosotros dejáis antes que nosotros una tierra maldita*
> *donde Dios mismo está de parte del más fuerte,*
> *donde el pobre es esclavo, donde su raza es proscrita,*
> *donde el hambre sólo tuvo un remedio: la muerte".*

Mientras tanto, los conservadores de Cartagena respondían fundando su propio periódico, El Porvenir (distinto del posterior), publicando fuertes invectivas contra los liberales. En particular les irritaba la postura anticlerical de éstos, que llevaba a compararlos con Caín y Abimelech. Un artículo típico de este periódico terminaba así: "¿Cuál de los dos posee más elementos para alcanzar el triunfo: el partido rojo-impío sin estabilidad, que oscila entre la vida y la muerte, o el catolicismo, sólido en sus bases, valeroso y triunfante en sus luchas? ¿Quiénes estarán más próximos a su caída: los partidarios de la democracia roja del gabinete, o los ministros de Jesucristo del altar? Si es en este concepto que se combate con la Iglesia, que siga la lucha, que el combate es condición de la victoria". (No. 18, diciembre 25, 1849).

El grave conflicto inminente con el partido conservador, agudizado por la campaña socialista liberal, desbordaba ya los alcances de La Democracia y su grupo. Se sentía el vacío político y social dejado por la clase dirigente desertora, y se necesitaban aliados y apoyos nacionales e internacionales para hacer frente a la reacción goda que se venía como un retorno al despotismo militar y clerical. Por fortuna, el núcleo cartagenero se vio reforzado desde fuera cuando el presidente López nombró como gobernador de la provincia de Cartagena al caudillo general José María Obando, recién llegado de su exilio en el Perú. Era un ídolo popular, el eterno candidato a la presidencia que, por lo mismo, podía aspirar seriamente a ser el sucesor de López y asegurar la continuidad de la política considerada socialista del gobierno liberal. Además, era Il.·.P.·.H.·., un Ilustre Poderoso Hermano masón.

El viaje de Obando a la Costa atlántica con su esposa doña Timotea Carvajal en el vapor Nueva Granada (de la Compañía Naviera de Santa Marta), con el capitán W. A. Chapman a cargo, se convirtió en una apoteosis. No hubo puerto del río

(Camacho Roldán, 2). Y José Eusebio Caro (otra gran figura del mismo santoral) se contagió tanto con las nuevas ideas que resultó saintsimoniano y propuso un vuelco casi total en las reglas de la ortografía castellana, idea extraordinaria que tuvo el coraje de llevar a la práctica (por dos números completos) en su propio periódico /1/.

A la confusión entre democracia burguesa y socialismo (además de la surgida entre cristianismo y socialismo) se añadió la de socialismo y comunismo. No era el comunismo de Marx y Engels al que se referían entonces, sino a la posición crítica de P. J. Proudhon sobre la propiedad como un robo ("c'est le vol") que aparece en su folleto, ¿Qué es la propiedad? (París, 1840). También se atacaba como comunista a Etienne Cabot (el owenita de las colonias utópicas de Icaria) y a otros socialistas.

[B] Pero a pesar de estas confusiones, los autodenominados socialistas granadinos hablaron de su movimiento y actuaron muchas veces con un entusiasmo tal, que asustaron a

1. Sobre el problema teórico general del colonialismo intelectual en nuestras sociedades: O. Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (Bogotá, 1981), y fuentes allí citadas.

El debate sobre el socialismo, su pro y contra, se adelantó a nivel nacional entre 1848 y 1854 en muchos periódicos (El Neogranadino, El Día, El Socialismo a las Claras, Gaceta Comercial, El Suramericano, El Nacional), en términos muy semejantes a los de La Democracia, de Cartagena. Participaron en esta polémica los más distinguidos ideólogos de los partidos (José María Samper, Manuel Murillo Toro, José Eusebio Caro, Mariano Ospina Rodríguez, Florentino González, Ezequiel Rojas, Manuel Ancízar). Véase el buen resumen de Robert L. Gilmore, "Nueva Granada's Socialist Mirage", en Hispanic American Historical Review, XXXVI (mayo de 1956), 190-210. Otras fuentes y sobre el origen de los partidos en Colombia: Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia: 1849-1914* (Bogotá, 1970), 17-85; Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales* (Bogotá, 1968), 21-50, 141-154; Álvaro Tirado Mejía, *Introducción a la historia económica de Colombia* (Bogotá, 1971), 119-128; Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá, 1974); Guillén Martínez, 259-400.

Algunos testimonios son interesantes: "Socialistas sin comprenderlo" (Samper, 268); "el Gólgota, primera tribuna del socialismo" (Samper, según El Neogranadino, No. 122, 30 de septiembre, 1850); con un "hacha demoledora del tronco colonial" (Miguel Samper, 1867); "revulsión de humores, señales de mal fuego" (Miguel Antonio Caro, biografía de su padre José Eusebio Caro, 1873, en donde se destaca el saintsimonismo de éste y la ortografía); "esperanza de los pobres" (Joaquín Pablo Posada y Germán Piñeres, El Alacrán, 1849).

Magdalena donde no se construyeran arcos triunfales al "ilustre proscrito" y se le recibiera como "padre del pueblo" con salvas y cohetes, lluvias de flores y monedas, bailes y fiestas de toros, recitaciones de bellas jóvenes y discursos prosopopéyicos de las notabilidades locales en los cuales se le comparaba con Aristides, el famoso perseguido griego de la antigüedad. Obando respondía con humildad "perdonando a sus enemigos y brindando por el orden constitucional" y por Santander, "el Hombre de las Leyes", colocando el encarnado gorro frigio de la libertad a los esclavos en las ceremonias de manumisión que en su honor se celebraron, y dando besos a las señoritas que se le aderezaban como ninfas para representar a la Fama y la Justicia —especialmente las que tartamudeaban de emoción—, dirigiéndose en especial a los artesanos de cada sitio para decirles que sus obsequios "nacían del corazón y no se pagaban sino con el corazón". Era una magia contagiosa. Al llegar a Barranca el 17 de junio de 1849, Obando y su esposa desembarcaron para seguir en bestias a Cartagena por Alcibia, donde se les preparaba otra gran recepción.

En la casa de campo de su pequeña hacienda en tierras de Alcibia y Preceptor a media legua de la ciudad, les esperaban Juan José Nieto y Teresa Cavero con un suculento sancocho, digno del hermano que se acercaba. Nieto ya era de las figuras más destacadas de la masonería: había accedido hacía poco al grado 33° y desempeñaba no sólo el cargo de Soberano Gran Inspector General de la Orden, sino el de Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo Neogranadino con sede en Cartagena, el más alto rango masónico del país. Algunos de estos eventos merecen recordarse ahora, porque llevaban a reforzar la línea socialista-liberal de la Costa y los trabajos de las Sociedades Democráticas. Véamoslo, mientras Obando se aproxima a Alcibia para encontrarse con Nieto. [C]

La logia y el Gran Protector

La respetable logia Hospitalidad Granadina No. 1, la más antigua del país como hemos dicho —a la cual pertenecía Nieto desde 1839—, venía reuniéndose con relativa frecuencia en su templo de la calle de San Juan de Dios. Hacía poco había recibido a Evaristo Soublette, hijo del general venezolano y prócer Carlos Soublette (desterrado de su patria) como lubetón o

El gobernador José María Obando y su esposa, Timotea Carvajal, en 1848 en Cartagena. (Tomado de Rodríguez Plata).

aprendiz. Era una logia grande de 67 hermanos del grado 1°. al 33°. Reunía algunos de los elementos más destacados de Cartagena, especialmente los que ascendían en la escala social y económica y llenaban el vacío producido por la decadencia o emigración de la aristocracia antigua.

En la logia se encontraban, entre otros: Narciso de Francisco Martín —hijo de Juan, el acaudalado comerciante que acababa de ganarse el monopolio del tabaco en Girón (Santander)— junto con otros 12 comerciantes; el cabildante Lázaro María Pérez y otros 10 abogados; Manuel Ambrosio de Bustos y otros dos funcionarios gubernamentales; el coronel Manuel María Guerrero, prócer de la Independencia, y otros 9 militares de alta graduación; Manuel Román y Picón, padre de doña Soledad, y otros dos farmacéuticos; dos médicos (Antonio A. Tatis y José Ángel Gómez); el padre momposino Manuel Eusebio Flores (cura del Pie de la Popa) y otros tres presbíteros católicos activos en sus parroquias. Allí también estaban otros dos miembros del núcleo liberal de La Democracia: José Araújo y Antonio Benedetti.

A mediados de 1849 se supo en el Supremo Consejo Neogranadino que el expresidente de la República, el Il.·.P.·.H.·. Tomás Cipriano de Mosquera —de paso en Barranquilla, a donde se había dirigido una vez que entregó su alto cargo en la capital al Il.·.H.·. José Hilario López (grado 18°)— había dado a entender que merecía una promoción ("aumento de salario") al grado 33°. He aquí la oportunidad de saldar cuentas con Mosquera, el caucano matón que lo habría fusilado en 1842 si no hubieran intercedido la mulata Susana y los hermanos masones; ahora podía darle una lección de humanidad y generosidad costeña, determinó Nieto como Supremo Gran Comendador del Consejo. Propuso entonces no sólo la promoción pedida, sino que se proclamase Gran Protector del Gran Oriente Granadino Americano a su antiguo enemigo, y que se exhortase al exmandatario a viajar a Cartagena para recibir el nuevo título.

La tenida solemne con este objeto, presidida por Nieto y el venerable Maestro, Il.·.H.·. Antonio de Zubiría y Herrera (grado 32°), tuvo lugar en el templo masónico el 18 de junio, cuando Obando salía de Barranca para Alcibia. Mosquera llegó, como de costumbre, elegantemente vestido y luciendo algunas de sus medallas y bandas. Los hermanos masones fueron arribando a su vez, con sus respectivos atavíos y símbolos, dándose el toque secreto y recordando los signos. En el entusiasmo del acto, no

la clase dominante conservadora y alarmaron tanto a la burguesía comercial como al clero y al incipiente grupo manufacturero. Estos pensaron que tales ideas podían llevar a la socialización total de la propiedad en el país. Fue el primer temor que les asaltó cuando los artesanos y Melo tomaron el poder en 1854.

Estos socialistas rebeldes y críticos de la Nueva Granada —por lo menos los que se consideraban como tales a contrapelo del sistema tradicional, así ignoraran las bases científicas de su posición— constituían una *antiélite ideológica* (política). Este es el sector de las clases dominantes (en sociedades diferenciadas) que reta a los pares privilegiados de su clase con sus propias armas y procedimientos, con conocimiento desde dentro, al reflejar la intensidad del conflicto que ocurre a todo nivel en la formación social. Las actuaciones de la antiélite tienen influencia sobre la sociedad como un todo. La aparición de este ilustrado sector rebelde en una región (como la Costa), o en un país es, por lo tanto, síntoma de escisiones económicas, políticas y morales en las clases altas que se sobreponen a las diferencias simplemente generacionales, fenómeno superestructural importante que debe observarse cuidadosamente (por razones tácticas y estratégicas) por aquellos interesados en promover cambios revolucionarios.

No hay razón para que los conceptos de antiélite y el de su contraparte, élite, se dejen monopolizar por los fascistas y sus filósofos de cabecera (Mosca, Michels y Pareto entre ellos), olvidando que se derivan de la literatura socialista clásica, especialmente de los análisis bienintencionados del conde de Saint-Simon. En manos de marxistas competentes, como Tom Bottomore, los conceptos de élite y antiélite, al conectarlos con la dimensión de sector y clase social y el proceso histórico-natural, han ganado valor para describir aquellos conflictos internos en grupos o facciones oligárquicas que, por regla general, pasan desapercibidos por no querer ver sino la gran confrontación clásica de burguesía y proletariado. (Cf. T. B. Bottomore, *Elites and Society*, New York, 1964). En esta forma se ha ido más allá de las simplicidades de este enfrentamiento para ver "las entrañas del monstruo" y demoler la falsa imagen de monolito que tienen los grupos o sectores explotadores.

Las antiélites ideológicas ocurren cuando sus miembros (intelectuales relativamente jóvenes de buena fama y posición social, esto es, pertenecientes a familias dominantes o distinguidas) son capaces de articular una posición política crítica o

observaron algo extraño: por la puerta del templo, guiadas hacia la luz de la antorcha ritual que un maestro había colocado al lado del estandarte de la logia, entraron como en formación de escuadra varias mantis mariapalitos. Revolotearon por un momento, se posaron luego en una mesa lateral al pie de la cesta del braserillo y del perfume, y levantaron marcialmente las paticas delanteras.

Abiertos los trabajos, fue pulsado el pórtico del templo y se organizó el ritual. Una pequeña orquesta de hermanos masones tocó un himno. El Venerable Maestro de Zubiria pronunció unas palabras de bienvenida y rogó al maestro de ceremonias conducir al Oriente al Il.·.H.·. Mosquera, donde éste tomó asiento. Nueva pieza musical. A continuación, el Venerable Maestro levantó de su silla a Mosquera y le pidió renovar el juramento masónico. Subía la diestra el general, cuando de improviso tomaron vuelo las mariapalitos desde la cesta del braserillo y se dirigieron al estandarte. Nieto, que estaba próximo, se acercó a espantarlas con su mallete. Cuatro de ellas lograron escapar de las malletadas del Gran Comendador. Pero otra, seguramente impulsada por tendencias atávicas sólo comprensibles desde el nacimiento de su especie en la violencia ancestral, decidió hacerle un homenaje al general Mosquera y se le posó en el cachete, arriba del poblado bigote. Mosquera se espanta y mueve la cabeza, agita la diestra. La mantis no se le separa. Lo muerde con sus dientecitos filudos, con aparente deleite, mientras los hermanos, Nieto y de Zubiría se levantan asustados de sus respectivos sillones.

Desconcertado, Mosquera sólo alcanza a lanzar un improperio y a exclamar: "¡Nunca me había pasado nada parecido, ni siquiera en el monte!". Nieto se aproxima con el perfume ritual y trata de aplicárselo en la mordedura. "Eso no sirve", grita alguien. "Traigan un poco de barro de puerco y llamen a un curandero".

El ágape fraternal se interrumpe para dar lugar a la curación. "¡Increíble este accidente!", musita el Venerable Maestro. "¿Tendrá algún sentido?". Y supersticioso toca madera.

Recompuesta la tenida solemne, la pequeña orquesta toca entonces otra pieza musical. Viene ahora el discurso del Il.·. P.·.H.·. general Mosquera, ya como Gran Protector del Gran Oriente Granadino Americano, los aplausos con Triple Batería de Júbilo, los abrazos fraternales y los gritos rituales: "¡Odio eterno a la tiranía y a los tiranos! ¡Guerra a la Compañía de

El Maestro masón Tomás Cipriano de Mosquera. Gran Protector del Oriente Granadino (1849).

Jesús!". Y, por último, el ágape con una buena cena, aunque medio fría por la complicación inesperada de las mariapalitos.

Pestes, leyes y porros

Al llegar a Alcibia al día siguiente, el 19 de junio de 1849 por la tarde, Obando desciende del caballo, abraza a Nieto, echa una ojeada cariñosa a las nacientes canas de la barba y de las sienes de éste, y le estrecha la mano con los consabidos toques secretos. El encuentro es muy cordial: se trata de un anfitrión que no sólo combatió por la causa liberal en 1841 sino que padeció destierro y encaneció en la misma. El Il.·.H.·. presidente López se lo había recomendado a Obando antes de salir de la capital. Nada, pues, más justo que ofrecer a Nieto un nombramiento como Jefe Político del cantón de Cartagena. Nieto acepta agradecido y continúa con Obando y su esposa Timotea en la cabalgata a la ciudad. Doña Timotea se hará íntima amiga de Teresa y del mismo Nieto.

Para entonces se habían reunido no menos de mil personas en Alcibia. La cabalgata y el cortejo avanzan ahora por el camino del Pie de la Popa. En San Felipe había un arco triunfal y una banda y echaron cohetes a volar. La calle de la Media Luna se cubrió con adornos florales y banderas de varios colores. En la plaza del Matadero (hoy de la Independencia) se había construido un templete donde el doctor Royo pronunció un discurso de bienvenida. Finalmente, detrás de una multitud de jóvenes y muchachas que iban bailando, silbando y chiflando al compás de la banda, Nieto acompañó al general Obando y doña Timotea a su alojamiento en la casa de Manuel Marcelino Núñez, donde el Il.·.H.·. Benedetti pronunció otro discurso y presentó a Obando un bastón de mando, en nombre de los ciudadanos. Algunas cantoras de fandango improvisaron entonces esta famosa copla:

El año que viene
si Dios nos da vida,
veremos a Obando
sentado en la Silla.

En su posesión de la gobernación al día siguiente, que recibió de manos del coronel Antonio del Río (Posada Gutiérrez, el titular, ya se había ido), Obando dijo: "Sobre este libro santo he

rebelde, basada en incongruencias e injusticias observadas en la sociedad, o inspirada en la necesidad de redistribuir de manera equitativa entre clases explotadas las ventajas materiales y estímulos culturales que emanan del poder, la riqueza y el prestigio. Cuando se organizan como sector y articulan su rebeldía con la de otras clases sociales —como la de los artesanos en Cartagena para quienes la antiélite liberal local actuó como grupo de referencia— las antiélites ideológicas tienen un gran efecto transformador en toda la sociedad, y pueden constituirse en factor positivo para el nacimiento de una formación social, como es el caso que nos ocupa.

Estos sectores críticos son importantes para la iniciación o intensificación de periodos subversivos (en el sentido histórico que he propuesto antes, tomo I), aunque, como lo veremos, no se caractericen por la constancia y queden sujetos a otro principio sociológico: el de la cooptación (captación) que frena el impulso revolucionario que llevan. Por esta razón puede argumentarse que las antiélites, en general, guardan tendencias conservadoras que deben superarse si se quiere llegar a las metas (utopías) postuladas del cambio social. (O. Fals Borda, *Subversión y cambio social*, Bogotá, 1968, 186-189).

La antiélite fue la que se encargó de transmitir en Cartagena y en el país las confusiones ya descritas. Fue ella también la que llevó a la Nueva Granada otra simplificación de la revolución francesa de 1848: dijeron sus miembros que la rivalidad allí experimentada era entre socialistas o comunistas (llamados "rojos" por haber enarbolado banderas de este color en los ayuntamientos) y monarquistas o absolutistas (llamados "godos" para referirse a los reyes visigodos antiguos y atrasados).

Por esta tronera abierta por la antiélite se vino al fin como un turbión la definición bipartidista nacional planteada desde la guerra de 1840-1842 que había enfrentado a ministeriales con federalistas. Ahora se aceleran las delimitaciones, cristalizan las tesis y se determinan las facciones ideológicas con una rapidez apabullante: al fin surge la Idea. En el corto periodo de unos meses, en 1849, los ministeriales bolivianos encabezados por Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro producen un manifiesto constitutivo del partido conservador; y los federalistas antibolivianos hacen lo propio, encabezados por el abogado boyacense Ezequiel Rojas (masón), para lanzar al partido liberal. Estos manifiestos son retomados a nivel regional por sus

jurado hoy la constitución de 1843; y aunque ella no es la de mi corazón porque no contiene mis principios políticos, me basta que sea el único lazo que une a los granadinos [...] tampoco me toca averiguar su origen ni inculcar sus defectos: poder y trámites tiene la Nación para llegar a su tiempo a este elevado fin''. Notable declaración de intenciones que ayuda a explicar la conducta indecisa de Obando más tarde como presidente de la república, ante el golpe militar de su amigo José María Melo (1854).

Nombra a Nieto como jefe político del cantón. Este nombramiento, por supuesto, no es totalmente gratuito. Al hacerlo, Obando incorpora a su gobierno una figura principal de la masonería y del liberalismo regional. La adhesión del Supremo Consejo Neogranadino y de la logia cartagenera a la figura de Obando —y con ellos, la de las demás logias del país— será factor fundamental en la marcha de éste hacia el poder en Bogotá, en las elecciones de 1853.

Desgraciadamente, la posesión de Obando y las primeras semanas de su gobierno con Nieto se empañaron por una de las peores catástrofes que hayan ocurrido en la Costa: la aparición del cólera morbo asiático, llamado allí la ''peste del tablón'', que producirá alrededor de 20.000 muertes entre junio y agosto de 1849. Indirectamente, era una consecuencia del desarrollo capitalista desbocado, de la locura del oro californiano, ya que fue un ''prospector'' gringo enfermo quien había traído el morbo de Nueva York a Colón. De Colón habían llegado el 20 de junio al puerto del mercado algunas goletas con gente moribunda. Varios pescadores murieron allí mismo. Ahora se infectaba Cartagena y de allí la enfermedad saltaría en las zonas calientes del país de pueblo en pueblo, hasta llegar a Honda en el Alto Magdalena.

La labor de Nieto como jefe político del cantón para combatir los estragos del cólera fue heroica y dedicada. Así lo reconocieron hasta los conservadores de El Porvenir. Organizó juntas de padres de familia y parroquiales de socorro en coordinación con los alcaldes; puso a trabajar a la guarnición y a todos los médicos y boticarios, entre quienes se distinguió el doctor Vicente A. García; prohibió la yuca brava por su veneno, el cazabe y el bollo de yuca, el pescado salado y el cangrejo por sospechar del barbasco con que los pescaban; y ordenó tiros de cañón desde los castillos para ver si así se purificaba el aire.

La peste reveló claramente la estructura de las clases socia-

respectivos amigos y agentes: por Nieto, Núñez y sus compañeros del periódico La Democracia, en Cartagena y su provincia.

Así, salen ambos partidos formalmente a la palestra política bajo la refulgente luz de los acontecimientos franceses e impelidos por la revolución republicana del momento. De los franceses se toman los remoquetes "rojo" y "godo" para los partidos. Con esta burda imitación se procederá a la lucha por la democracia en Nueva Granada, en la modalidad preferida.

El objetivo de los liberales renovadores, especialmente los de la antiélite regional y nacional, resultó obvio y claro: demostrar que socialismo era igual a una versión burguesa adelantada (liberal) de democracia, y que así se fomentaría el bien común, entendido éste como la suma del interés individual y la libre competencia con seguridad en los bienes adquiridos. Por lo tanto, se decía, si se impulsara correctamente la democracia burguesa en Nueva Granada hacia las metas proclamadas de igualdad, asociación y libertad, y si se rompieran las barreras raciales, educativas y religiosas, se construiría el socialismo.

(Tal es el origen remoto de nuestro "socialismo a la colombiana", el que reaparece en el siglo XX con diversos movimientos —UNIR, MRL, ANAPO— ampliamente conocidos. Todo lo cual demuestra que quienes confunden socialismo con subversión apátrida, ignoran que el socialismo viene imbuido en nuestra historia casi desde el nacimiento de la nacionalidad; que si asustó a una parte de la población en el siglo XIX fue más por ignorancia que por inconveniencia. Indudablemente este asunto se entiende mejor por las masas ahora, puesto que ha sido búsqueda latente o manifiesta del pueblo colombiano desde hace muchos decenios).

De allí la racha de leyes de reforma radical identificadas con el socialismo liberal que aprobó o impulsó el Congreso de 1850, ya con el partido liberal (y parte de la antiélite) en el poder y con el general José Hilario López como presidente de la república, leyes que le dieron un vuelco a la tradición y permitieron sentir ese momento histórico como revolucionario.

En realidad, éstas no eran leyes socialistas. Pero la reinante falacia sobre el socialismo radicalizó la lucha política e ideológica sobre las leyes aprobadas, e intensificó los conflictos. El político-religioso fue muy agudo, hasta el punto de llegar a producir el primer cisma serio que haya experimentado la Iglesia católica nacional. La situación siguió tensa y conflictiva hasta cuando llegaron las amenazas y tentaciones de cooptación de la

les. En efecto, se observó que durante los primeros 18 días la enfermedad "no subía escalera": ninguna persona que viviera en casa alta cayó enferma. Los pobres e indigentes sufrieron más, pues los ricos que iban con calzado y medias se salvaron casi siempre de la peste. Aún así, hubo alrededor de 30 muertos diarios. Agonizaban en veinticuatro horas con terribles calambres, afecciones intestinales y vómitos, con frío en los pies y manos; caían lívidos y azulados, revueltos en sus heces. De nada les valieron los kilos de manzanilla y sagú y los frascos de láudano recolectados en la ciudad y en los campos vecinos. Mejor resultado dio después el tártaro emético.

El 1o. de julio pudo Nieto comunicar en El Impulso a la ciudadanía que la epidemia había cedido, hasta en las parroquias de Santo Toribio y la Trinidad que habían sido las más afectadas. El gobernador Obando programó así un viaje a Barranquilla, para el 12 de julio; y la gente volvió a hablar de juegos, de los toros, de los gallos, del teatro y hasta de un posible baile de máscaras en la Casa consistorial. Pero la cuenta de muertos subía a 600 en total y la cifra llegaría a 2.400 en unas semanas más. ¡La cuarta parte de la población de Cartagena sucumbió en esta hecatombe! (Y 1.300 en Barranquilla, 790 en Mompox, 550 en San Estanislao, 505 en el Cerro de San Antonio, 470 en Sitionuevo, 404 en Ciénaga, 320 en Santa Marta, 200 en Remolino, etc. según El Neogranadino de Bogotá del 28 de septiembre de 1849).

Por fortuna los masones levantaron dineros para ayudar a las víctimas; el fondo más grande se recibió de la logia Estrella del Tequendama No. 11 de Bogotá. Los fondos se manejaron con gran pulcritud, con informes públicos de entradas y salidas, aunque no había auditores ni contralores como hoy.

> ¡Ocho años de paz y prosperidad a punto de perderse por la peste del tablón! Estuvimos de buenas en Palomino: algunos enfermos, pero ningún muerto. Quizás fue por el humo de las calillas de mi hermano Agustín quien, de pronto, empezó a fumar como loco. Prendía las calillas en cadena, se las paraba en la quijada entre los dientes, las sostenía para abajo desde el paladar, se volteaba la punta de la candela para dentro de la boca, tal cual como lo hacía mamá Tina, y cuando no tenía más nada, mascaba hasta los cabitos. La casa ya no se veía por el humo que botaba.

antiélite, las reconvenciones antisocialistas del ya presidente José María Obando y la caída de los liberales, junto con los artesanos, en la contrarrevolución de 1854. Entonces se sepultará la quimera socialista de 1848 y se desterrará o golpeará a sus sostenedores, entre ellos a Nieto.

[C] La organización política de los artesanos en el país y en la provincia de Cartagena durante la revolución del medio siglo recuerda y anticipa el conocido principio leninista —vigorizado intelectualmente por Lukács y otros marxistas— de la *exogénesis de la conciencia de clase* en los sectores populares. Según este principio, es función de los intelectuales del partido revolucionario llevar el mensaje adecuado a las masas para que, con la conciencia política generada, éstas pasen a conformar, de una clase en sí, otra clase para sí. La verdad revolucionaria por regla general es exógena y aparece como una fuerza ideológica que impulsa a las masas a la acción, con la guía del partido revolucionario que los intelectuales inician y comandan.

Hay, no obstante, una diferencia radical entre la experiencia leninista y lo ocurrido en la Nueva Granada a mediados del siglo pasado: no surgió ni se impuso entonces una estructura partidista vertical, autoritaria, cerrada, sujeta al principio del centralismo democrático, sino una organización flexible y abierta de facciones que respondían más al control de abajo hacia arriba que al contrario: una estructura basada en el poder de los dirigentes de provincia y de ciudad. Si surgieron también caudillos (como Obando y Mosquera) que hicieron converger la acción local de dirigentes y facciones a determinadas metas y a integrarlos racionalmente, la adhesión de éstos a los caudillos no se debió a ninguna férrea disciplina de partido, ni a ninguna clara conciencia de clase, sino a sentimientos comunes de lealtad, compañerismo, familia e intereses económicos y sociales inmediatos o regionales.

En esta organización de abajo hacia arriba desempeñaron papel importante los intelectuales críticos de las provincias, es decir, los de la antiélite. Estos intelectuales críticos organizaron localmente a los artesanos de acuerdo con lo que habían oído sobre "clubes" populares en Francia durante la revolución de 1848. Para el efecto, las Sociedades Democráticas de artesanos —que funcionaban en algunas ciudades desde años antes con fines de alfabetización y cultura en clases nocturnas— fueron

> El vicio le comenzó cuando el viejo Martínez Troncoso —el famoso masón que seguía con la goma de su banda de viento en Mompox— le mandó a Agustín un clarinete viejo dentro de un catabre con restos de hojas secas de tabaco. El clarinete quedó con tanto sabor de ellas, desde la bocina hasta la boquilla, que no podía Agustín comenzar a soplar sin marearse del olor ni sin que salieran volando pedacitos de hojas de alguna parte. Hasta que resolvió convertirlas en calillas y fumarlas. En esos días apenas le estaba pintando el bozo. Pero esto no era nada raro. Casi todos los niños campesinos fumábamos: yo le jalé al cigarro desde que tenía diez años, porque es una buena contra y cura los dientes.

Unidos por la enfermedad, separados por la ideología. A fines del año de 1849 se experimentaron tensiones en la Sociedad Democrática por la petición de un grupo de artesanos cartageneros a la Cámara de Representantes para un aumento de los derechos de importación de artefactos extranjeros que competirían con los nacionales. El grupo nuñista de intelectuales les había argumentado en contra haciéndoles ver que, como consumidores, se beneficiarían porque los productos extranjeros llegarían más baratos. Y que debían vencer la pereza que escudaban con su monopolio, como traba del progreso y de la industria.

La crisis estalló en febrero de 1850. La Sociedad Democrática dejó de reunirse hasta abril cuando la revivió el doctor José Manuel Royo con clases gratuitas para adultos en un salón de la Escuela Normal, los martes y viernes de cada semana (sobre religión, lectura, escritura, cálculo y dibujo industrial, usando el folleto *Instrucción moral y religiosa*, del mismo Royo). Pero, en compensación, apareció desde el 1o. de febrero una publicación gremial independiente, El Artesano, escrita (en apariencia, según los conservadores) por los mismos artesanos, que se publicó en las recién importadas imprentas propias de La Democracia.

Por enfermedad de Obando —no era el cólera, por fortuna— Nieto había tenido que encargarse de la gobernación de la provincia del 29 de agosto al 16 de septiembre de 1849. Su estrella política iba en ascenso, su prestigio acrecentado por la conducta observada durante la crisis de la peste. Decidido a lanzar de

convertidas en foros políticos para radicalizar la opinión y hacer militancia partidista a favor del socialismo entendido como se ha explicado. Esta politización o "democratización" quedó a cargo de los ilustrados, esto es, los intelectuales de la antiélite y del partido (románticos colonizados y católicos al estilo de Samper, Azuero y Camacho) que habían formado sus propios organismos superiores de estudio, discusión y acción, como la "Escuela Republicana" de Bogotá. Tal división de tareas ideológicas entre "educados" y "educandos" (jefes y cuadros) tuvo efectos positivos en la radicalización de los artesanos, sus líderes y familias en la primera etapa de la lucha. Así les prepararon para los motines y las confrontaciones armadas como vanguardia revolucionaria que siguieron después, en las que desgraciadamente fueron dejados casi solos.

Los liberales fundaron Sociedades Democráticas en la Costa poco antes y después de la elección para presidente de la república de su copartidario el general masón José Hilario López (7 de marzo de 1849) y del nombramiento de otro general masón, José María Obando, como gobernador de la provincia de Cartagena (20 de junio de 1849). En Cartagena, el capítulo local se organizó simultáneamente con el lanzamiento del periódico La Democracia, el 1o. de abril del mismo año. Juzgando según las agencias de distribución del periódico (publicadas en la *manchette* del mismo) es posible que sociedades similares se establecieran en por lo menos otros nueve pueblos o ciudades de la Costa. Había buenos grupos de artesanos (y de masones) en esas poblaciones. Estos grupos y sociedades sirvieron para consolidar al partido liberal en el poder y cimentar la victoriosa candidatura de Obando a la presidencia en 1853. También sirvieron para apoyar a Nieto en su ascenso político y en sus iniciativas cívicas, primero como jefe político del cantón (1849), después como representante a la Cámara (1850-1851) y gobernador de la provincia de Cartagena (1851-1853). Como gobernador, Nieto presidió la promulgación local de la libertad de los esclavos el 1o. de enero de 1852; desterró al obispo de Cartagena, Pedro Antonio Torres, por desobedecer la ley sobre elección popular de párrocos; cerró algunos conventos; inauguró en la ciudad la primera escuela primaria oficial (de niñas); y promovió la reconstrucción del canal del Dique /2/.

2. Carnicelli, I, 129-130; Bossa Herazo, 129; Camacho Roldán, 75-80;

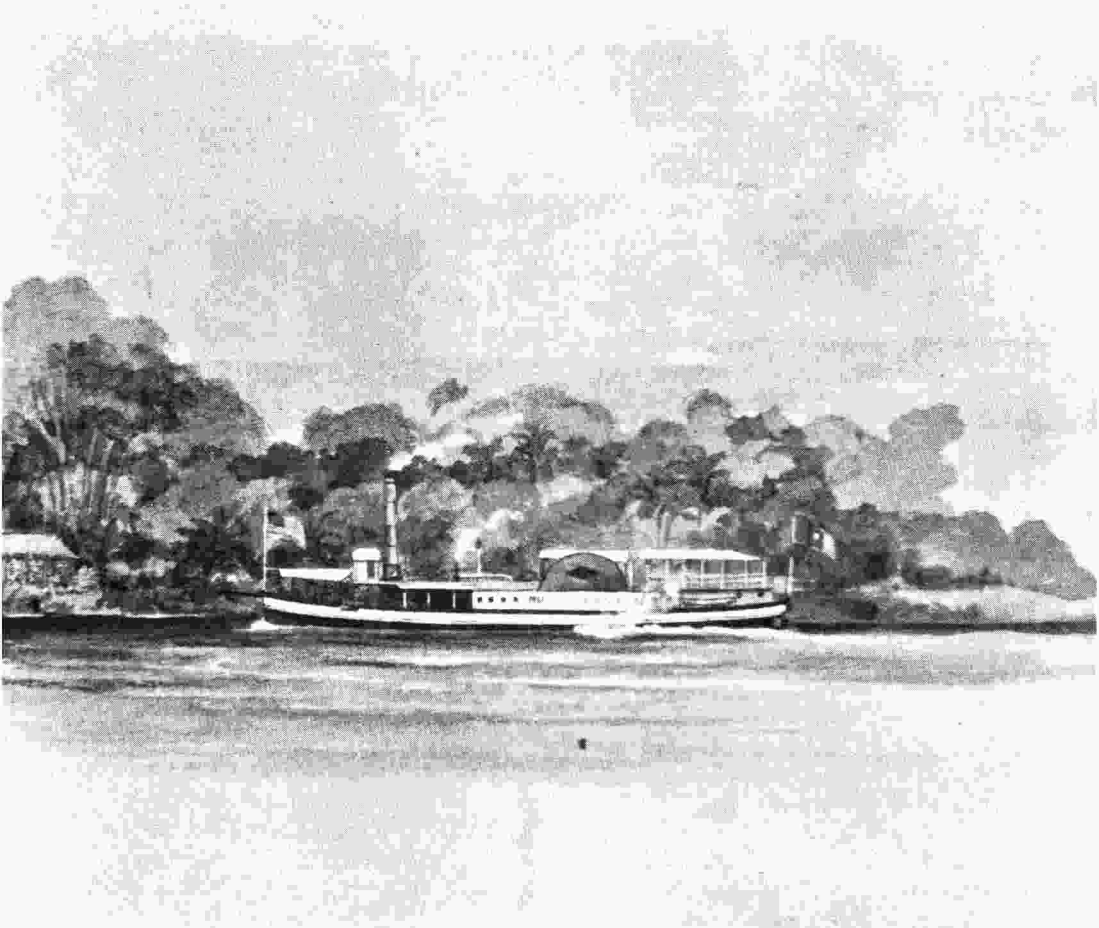
nuevo su candidatura a la Cámara de Representantes por las parroquias de la Catedral y Bocagrande, esta vez obtuvo el apoyo de la Sociedad Democrática y de su grupo intelectual, los votos de los vecinos y artesanos de las parroquias, la adhesión de los masones, y la solidaridad de los campesinos de Alcibia y Ternera.

Distinto de lo ocurrido en 1838, ganó la mayoría de los electores y su credencial para viajar a la capital de la república. Le va a tocar en suerte asistir a uno de los Congresos Nacionales más trascendentales de la historia del país, el de los años de 1850 y 1851.

Así, Nieto cabalga a Barranca en febrero junto con su hijo Lope —quien se decidió a acompañarlo por el fangoso camino de Mahates— para esperar al barco Nueva Granada, que venía río arriba desde Barranquilla y seguir a Honda y Bogotá.

> El clarinete, la trompeta y el tabaco seguirían mezclándose en nuestras vidas por muchos años. Cuando Agustín y yo tuvimos noticia que en las sabanas de Corozal el tiempo mejoraba por la exportación del tabaco y que, además, se estaban formando bandas y orquestas para animar las fiestas y berroches que hacían los nuevos ricos y los comerciantes extranjeros, resolvimos salir de Palomino e irnos para El Carmen.
>
> Con dos mochilas llenas de ropa y bastimentos, y con los instrumentos de música, nos embarcamos en un champán en Pinillos, dejando a mamá Tina con unos compadres. Esa noche en el río, de pronto vimos como un resplandor blanco cerca de Santa Cruz. "¡Mierda!", gritó alguno, "es el vapor Nueva Granada, se varó el hijueputa". Así fue, por allí pasamos a un costado del buque que se había varado en la playa en un recodo del canal, y se armó una nueva escaramuza de la lucha entre los bogas y el vapor como la que habíamos tenido en Mompox a la llegada del barco Unión. "¡Práctico bruto!", le gritó un boga al técnico del vapor. "El río está medio seco por el verano, pero no es para que te vares por eso". "Por favor, digan en Magangué que estamos varados, que nos manden comida", pidió el capitán [Chapman] en su español atravesado, manoteando desde la cubierta entre una nube de mosquitos. [Allí debía de estar también el coronel y diputado Nieto

El vapor Nueva Granada, hacia 1850. (Acuarela de Mark).



atizándose los bigotes, hamaqueándose y rezongando]. "¡Juá! No sean maricas, ustedes nos están quitando la comida, mamen ahora". Y los bogas, burlándose a carcajadas, dejaron deslizar el champán río abajo, dejando al inútil monstruo de hierro entre los chillidos de los monos, pitando de rabia.

Tres días más tarde desembarcamos en Zambrano, la puerta de El Carmen, por donde salía el tabaco en petacas de cuero a lomo de mula, en grandes recuas. A pie anduvimos el trecho entre los dos pueblos, pasando por las lomas de Miranda y los cerros de María la Alta, con cultivos de yuca y ñame que nos llamaron mucho la atención. Y de patilla y melón, guayaba y coco, y café y cacao. Hasta cuando en la vereda de Hatonuevo vimos comenzar los parches del tabaco, alrededor de altos caneyes [secaderos] con hombres y mujeres trabajando que eran de todas las edades.

En Hatonuevo nos quedamos algunos meses trabajando en el tabaco, más que todo ayudando a las familias cosecheras a desyerbar, cortar la hoja, secarla y alisarla. Ellos no eran dueños de la tierra que trabajaban y pagaban al propietario alrededor de una arroba de tabaco en rama por hectárea sembrada. Siempre los vimos endeudados con los patrones porque recibían avances en condiciones imposibles. [D]

Quienes compraban el tabaco para llevarlo a Alemania eran casi todos extranjeros: entre ellos unos judíos sefarditas y otros de verdad que llegaron de Curazao, a quienes fuimos conociendo en el pueblo. A Agustín, quien tenía mejor letra que yo, lo emplearon rápidamente en uno de esos almacenes. Le cayó en gracia a don Antonio Jasir, uno medio mayupa que se enamoró de él, y con la ayuda y amistad de este buen curazaleño pudimos vivir en El Carmen. Poco después abrí una botica de hierbas al tiempo que Agustín y yo entrábamos a una banda de músicos, la Arribana, porque era la del barrio arriba (la Bajera era la del barrio abajo).

La subida a la capital por el camino de Honda resultó más fácil que por el seco Magdalena, y el ciudadano coronel de la Guardia Nacional Juan José Nieto llegó por fin para ocupar su curul en la Cámara de Representantes.

Caney de tabaco cerca de El Carmen.

Uno de sus primeros pasos en Bogotá fue entrar en contacto con los masones de la Logia Estrella del Tequendama No. 11. Era entonces su Venerable Maestro el Il.·.P.·.H.·. general Valerio Francisco Barriga. Una tenida solemne con ágape fraternal se realizó el 7 de marzo de 1850 en honor de Nieto como Soberano Gran Comendador. Fueron a su residencia, para acompañarlo al ágape por comisión del Maestro, el Il.·.H.·. Antonio María Pradilla, el Il.·.H.·. Salvador Camacho Roldán, el H.·. José María Samper y el H.·. Carlos Martín. En la logia, Nieto volvió a encontrarse con el general Obando (de vuelta de Cartagena, donde dejó al general Tomás Herrera encargado de la gobernación) y con Manuel Murillo Toro, el antiguo secretario de Carmona ahora en vísperas de convertirse en ministro. Conoció a otras luminarias políticas y militares del momento, como el abogado Ezequiel Rojas, el general José María Melo, el presbítero Juan Nepomuceno Azuero y el escritor José Caicedo Rojas, todos masones. Había una gran actividad intelectual, con diversas iniciativas en el Congreso que respondían a la situación nacional —la presión socialista y de los artesanos— e internacional por los eventos revolucionarios y contrarrevolucionarios de Europa.

Los masones, en especial, estaban empeñados en hacer expulsar a los jesuitas por considerar que sus actividades se dirigían a reforzar al partido conservador, con sus colegios y con la organización de Sociedades Populares que hacían competencia a las Democráticas. El 26 de abril los masones firmaron una carta encabezada por el general Barriga y Camacho Roldán, pidiendo al presidente López la expulsión. Nieto adhirió a ese documento. El decreto de expulsión se preparó en secreto, se expidió el 24 de mayo y se notificó y puso en ejecución inmediatamente.

Las leyes radicales de reforma se prepararon, discutieron y aprobaron con gran rapidez:

20 de abril de 1850: se ordena descentralizar algunas rentas públicas para reforzar provincias y regiones económicamente.

15 de mayo: se suprime el grado científico para ejercer profesiones. Nieto contribuye a este debate con una denuncia: "En Cartagena, dice, se hace un monstruoso monopolio con la instrucción [...] los únicos que disfrutan de las ventajas de la educación son los que viven en la ciudad y los hijos de familias ricas". Lo que provoca una encendida protesta en el periódico conservador cartagenero La República (mayo 22, 1850): llama a

Distinto de acá, en Francia los organismos y asociaciones populares promovidas en aquella época por el "Cuarto Estado" partían de la venerable tradición de hermandades, gremios, maestrías y *compagnonnages* que venían albergando, guiando y socorriendo a los artesanos europeos. Algunas de esas hermandades hacían remontar míticamente sus orígenes hasta la época de construcción del templo hebreo de Jerusalén. Su agitación reivindicativa resultó espontánea ante el nuevo enemigo capitalista, hasta cuando se establecieron los sindicatos modernos.

Esta transición socioeconómica estuvo apoyada, entre otros, por una sociedad secreta que asumió funciones antielitistas de formación ideológica y política, que también reclamaba para sí la construcción del templo israelita: la *masonería*. Iniciada en su versión moderna durante el siglo XVIII en Inglaterra y Prusia, la masonería (o francmasonería) se tornó en fermento revolucionario especialmente en los países del sur de Europa (Francia, España e Italia), donde asumió actitudes libertarias valientes y luchó contra los gobiernos existentes, que eran regímenes monárquicos clericales y absolutos.

Esencialmente, la masonería era como una Iglesia laica dedicada a apoyar causas nobles, auxiliar los necesitados y brindar hermandad, amor e ilustración, donde se sancionaba o llamaba la atención a los hermanos que no respetaran los ideales y consignas masónicas en su vida pública y privada, y se castigaba a quienes revelasen los misterios de la orden.

Samper, 228-231; Aníbal Galindo, *Recuerdos históricos* (Bogotá, 1900), 43, 53, 55.

Sobre la crisis de la Sociedad Democrática de Cartagena en 1849-1850: La Democracia (Cartagena), No. 3, 20 de abril, 1849 y No. 5, 10 de mayo, 1849; El Porvenir (Cartagena), No. 25, 5 de marzo, 1850 y No. 29, 15 de abril, 1850. (Colección de la Biblioteca Nacional).

Viaje de Obando a la Costa, almuerzo en Alcibia y discurso de posesión: Corrales, IV, 41-47.

Discurso de Nieto el día de la abolición de la esclavitud: Corrales, IV, 87-90; Bossa Herazo, 133.

Nieto y la persecución al clero en Cartagena: Corrales IV, 91-94.

El problema del canal del Dique (1852): AGB, Gaceta oficial, 16 de diciembre, 1852, 867-868 (informe de Juan May).

La escuela de niñas "La Igualdad" (1853): Bossa Herazo, 132.

Posible fraude en elecciones de 1853: Certificación de T. C. de Mosquera ante la Suprema Corte en juicio contra Nieto, Bogotá, 28 de marzo, 1855, en Autodefensa, 61 (FP, No. 8).

Nieto "hombre vulgar", pero acepta que en la Universidad sí hay un "predominio del partido del orden [...] para evitar la incivilidad, el vicio y la vulgaridad".

8 de junio: se establecen escuelas gratuitas de artes y oficios en los colegios nacionales. Tres años más tarde, el 25 de mayo de 1853, Nieto abrirá en Cartagena la primera escuela pública oficial: una escuela primaria para niñas, con el nombre de La Igualdad, anexa a la universidad. Desgraciadamente no sobrevivirá por falta de alumnas decididas a educarse en las nuevas ideas.

22 de junio: se permite la libre enajenación y venta de las tierras de resguardos indígenas y se elimina el tributo.

14 de mayo de 1851: se aprueba el desafuero eclesiástico.

21 de mayo: se ordena la libertad definitiva de los esclavos en todo el país.

27 de mayo: se atribuye a los cabildos y vecinos parroquiales el nombramiento de los curas, ley que abrió el cauce para el más grave cisma que haya experimentado la Iglesia nacional (en Antioquia y por el presbítero Juan Nepomuceno Azuero), ley cuyo desconocimiento llevó a grandes conflictos con la jerarquía católica.

Aprovechó Nieto para presentar al Congreso un proyecto de ley que recompensara los gastos a favor de la guerra de Independencia que había hecho su suegro el doctor Ignacio Cavero, en 1819. No tuvo éxito por haber sido esta petición demasiado tardía y estado envuelta en la deuda nacional compartida con Venezuela y Ecuador. También, con su generosidad característica, apoyó una petición del comerciante ítalo-cartagenero el Il.·.H.·. Santiago Capurro para que se le devolviera el empréstito forzoso (200 pesos) de la guerra de 1840 que le exigió el señor Rafael Brango (aunque éste hubiera estado mezclado en la muerte de un inglés y otros en la playa del Zapote, durante ese conflicto); y de que se reinscribiera en el escalafón militar al coronel Alfonso Acevedo, también notorio combatiente de aquella guerra.

> En la banda "Arribana" de El Carmen de Bolívar, antes de llegar nosotros, no tocaban sino valses, mazurcas, pasillos, danzas y contradanzas, aparte de las marchas de procesión que pedía el cura. El repertorio estaba escrito a notas y a mano en un libro que guardaba el director, pero todos tocaban al oído y de memoria.

Internamente, los hermanos masones avanzaban por grados, desde aprendiz o luvetón hasta el 33° (por la edad de Cristo) cuando adquirían el título de Soberano Gran Inspector General de la Orden. Para los otros grados también se imponían sonoros nombres de príncipes, caballeros, pontífices, maestros y comendadores, en vistosas ceremonias llenas de símbolos y ritos (algunos de éstos muy antiguos) y prendas de vestir especiales.

Las persecuciones que sufrieron, llevaron a los masones a defender fieramente sus secretos y a convertirse en sociedades conspirativas —y, por definición, románticas— en las cuales se impartían políticas para defender e imponer el modelo republicano y democrático. Terminaban cada reunión o "tenida" con la consigna a viva voz: "Odio eterno a la tiranía y los tiranos". Así se extendieron a este lado del océano Atlántico tan pronto estallaron las guerras contra España, para lo cual emplearon a Jamaica como base hemisférica. De las logias de Kingston se dio estímulo y apoyo material a los ejércitos libertadores, en una primera ola masónica que en Colombia incluyó a muchos próceres de la Independencia y que terminó en 1828, por decreto del desilusionado dictador Bolívar.

A pesar de varias condenas papales, las logias resucitaron al desaparecer Bolívar y la Gran Colombia, primero en Cartagena, en la Hospitalidad Granadina No. 1 —la de Nieto, fundada el 23 de junio de 1833—, la primera de otras once que se establecieron en el país hasta finales del siglo XIX. Los masones apoyarán a Nieto en su gestión política y avance social, llevándolo a la más alta posición nacional de la Orden: Soberano Gran Comendador del Consejo Neogranadino del Grado 33 /3/.

La participación de los masones en la revolución francesa de 1848 es asunto polémico. Evidentemente, eran masones muchos de los actores de aquel movimiento. Su participación en el periodo formativo de la Nueva Granada —cuando nace la formación social nacional— en cambio no puede esconderse, y ello constituye otro interesante caso de colonialismo intelectual de claras consecuencias ideológicas y políticas. Fueron los masones gra-

3. Hoenigsberg, 25-33; Carnicelli, I, 399-400 (logia de El Carmen). Sobre el nombramiento de Mosquera como Gran Protector y su ceremonia, véase Carnicelli, I, 129. Los datos sobre otros masones se basan en el exhaustivo estudio de Carnicelli.

Nieto en Bogotá: Carnicelli, I, 187; FP, No. 3 (1850); La República (Cartagena), No. 9, 22 de marzo, 1850.

Después aprendieron a ejecutar con nota y tuvieron que pasar "prueba de atril", con ensayos todas las noches. Era una banda pequeña: un bombardino (barítono), dos trompetas, un contrabajo, un bugle, un redoblante, un bombo y un platillo.

Con la llegada del clarinete de Agustín, la "Arribana" sufrió un sacudón, no sólo porque mi hermano sabía tocar bien las piezas, sino porque empezó a ensayar con los sonidos y a cambiar el tono del conjunto. Compuso pronto una danza de tres partes, con canto de bajo muy bonito, llamada *Ramillete de flores*. Agustín resultó ser un verdadero genio de la música.

Los cambios en la banda empezaron a notarse cuando un día, para la procesión del Divino Niño, Agustín resolvió ponerse de acuerdo con el del bombo y conmigo para cambiar el ritmo de los pasos. Estos eran medio tristes y respetuosos como convenían a la procesión. Agustín y el bombero decidieron divertirse y le pusieron sabor y picante a la música hasta cuando los cargueros que llevaban la pequeña imagen del niño, casi sin darse cuenta, empezaron a mover las caderas, abrir y flequear las rodillas y caminar meciendo, ladeando y retrocediendo con la imagen: ¡la bailaban! Hasta las beatas, contagiadas por el ritmo, levantaban las paticas y disimulaban la risa con la chalina. El cura, por fortuna, era un viejo medio sordo y, como casi siempre marchaba delante, no se dio cuenta de lo que estaba pasando atrás, sino hasta mucho después, cuando la gente ya no pedía otra cosa sino que sacaran al Divino Niño para bailarlo con el clarinete de Agustín. Y se convirtió así en una procesión verdaderamente alegre que cogió fuerza y se regó, así bailada, por toda la Costa.

Fue más importante lo que Agustín y un grupo de músicos amigos de divertirse con las cosas hicimos después, cuando nos dimos cuenta de lo que pasaba con los ritmos cambiados. A Agustín se le metió la fartedad de tocar aires indígenas de pito o gaita —los de los bundes— pero con el clarinete. Como éste es instrumento de banda, los músicos de la Arribana nos metimos también a ensayar y acompañarlo a ver si podíamos copiar la fuerza del bunde en esa forma, con lo que ha-

nadinos, como Nieto, quienes primero recibieron el mensaje socialista utópico de 1848 y lo comunicaron y multiplicaron en nuestro medio; y quienes soportaron con mayor dedicación y sacrificio el esfuerzo histórico de construcción de una democracia viable en Colombia, durante el siglo XIX /4/. Esto se impartió y promovió a través de consignas discutidas y adoptadas en logias, reuniones artísticas y facciones liberales, sociedades de artesanos y agrupaciones de intelectuales (como la Escuela Republicana de Bogotá, ya mencionada), esto es, por la antiélite ideológica.

Aparte de la oposición del papado y otros grupos e instituciones conservadoras, no han faltado críticos que, como el republicano demócrata José María Samper, creían risible "tener títulos de caballero y príncipe soberano, así como unos cuantos alcornoques tenían los de príncipes del real secreto, etc.", con suntuosas bandas, cruces y collares; y como joven inexperto, le resultaba grotesco que le llamaran "maestro venerable y muy sabio sólo porque ocupaba ciertos puestos".

Sin embargo, no ha sido pequeña la contribución de las 40 logias colombianas que hoy existen al desarrollo político democrático nacional y en el frente ideológico, así hubieran estado confundidas respecto a la naturaleza del socialismo, y producido alguna desorientación a mediados del siglo pasado. Sus huestes han incluido a muchas luminarias del país, 23 presidentes de la república e innumerables funcionarios del Estado. A los masones se debe el haber llegado a alguna suavidad en las costumbres políticas y en el trato humanitario entre contrincantes en las guerras civiles y, ante todo, se les debe el reforzamiento de la línea civilista, honesta y patriótica que ha distinguido a muchos gobernantes colombianos del pasado. Es probable que Mosquera, por ejemplo, se hubiera desbocado como un Belzú o un Rosas si sus tendencias autocráticas y violentas no las hubieran endulzado sus hermanos masones.

A partir de 1930 se observa un decaer de la masonería nacional, causado en parte por haber perdido el acicate de la lucha

4. También fue importante la contribución personal y financiera de los masones de todo el país para combatir la *peste del cólera* que azotó a la Costa entre junio y agosto de 1849. Véanse sobre el particular: El Impulso (Cartagena), agosto, 1849; El Porvenir (Cartagena), 5 de octubre, 1849; El Neogranadino (Bogotá), 28 de septiembre, 1849; Camacho Roldán, 85-90; Corrales, IV, 24-40; Posada Gutiérrez, VI, 246-249.

cíamos en los fandangos. Otros músicos nos hicieron caso.

En compañía de un timbero negro que tocaba un tambor mediano llamado *porro* o *porrito*, el bombero de nuestra banda empezó a poner la mano en el parche izquierdo del bombo y a ladear la maza o voltearla para golpear la madera, repiquetear y producir golpes nuevos, contrapunteados y fuertes en el parche derecho, con el fin de reforzar el canto que llevaba Agustín en el clarinete. Yo hacía piques de apoyo y contracanto para contestar con el barítono o la trompeta. Así, entre todos, inventamos un nuevo toque endiablado al que bautizamos con el nombre del tambor: el porro paliteao (por lo de los golpes de madera y la mano en el parche), que acabó entre nosotros con la contradanza y el vals, y revolucionó el bunde y la música sabanera.

Lo bueno era que en el porro uno no estaba sometido a las notas sino que iba tocando como se le ocurría —claro que dentro del tono y del compás— creando permanentemente la música, improvisando sabroso, sin morisquetas del director ni todo ese orden del concierto de los blancos ricos, donde todos principian y acaban juntos. Ya las bandas iban a sonar distinto: dejarían de ser pesadas como las de retreta y combate, y serían en cambio brinconas para el baile, alegres, calientes: como un buey saltando a través de aros de fuego.

Aquí les ganamos otra vez los tristes indios que creíamos en la vida, a los blancos que nos dominaron por la fuerza. "¡Cómo maman gallo ustedes de sabroso a los bendejos alemanes con estas benditas bandas de borro...!". Suspiraba delirante de gusto Jasir, el admirador de Agustín. Y, como consecuencia, se acabaron las pesadas bandas de velorio y procesión. ¡Ni más fanfarrias de guerra! Empezaron a salir movidas composiciones de banda papayera dedicadas a la naturaleza, el amor y la alegría, como *El gavilán, La polla loca, El mico pelón, Atanasia*. La fama de Agustín subió de punto y se regó como pimienta en mesa por todo el Estado: lo llamaban "el clarinete de Bolívar". Era el mejor. [E]

A mí me gustaba tocar el porro *Atanasia* porque era

El legado musical de Agustín Mier: del pito al clarinete para crear el porro sabanero.

mío. Yo lo compuse (con Agustín) en honor de una cumbiambera que trabajaba en la factoría del tabaco por diez pesos mensuales, y que me tenía loco: Atanasia Martínez. Al fin me la saqué y me parió mi primer hijo: tu padre Pablo Emilio en 1854.

Realmente a Agustín y a mí nos fue bien en El Carmen. Allí pasamos años tranquilos porque no había guerras sino libertad y trabajo y grandes proyectos públicos de vías, ferrocarriles y canales. Mi botica marchaba bien, pues vendía bastante y tenía buenos aciertos; la gente confiaba en mí y en mis hierbas. Aunque el pueblo se fue corrompiendo poco a poco con la plata y las ventas de licores, garitos y casas de putas donde los trabajadores ignorantes dejaban sus jornales. Todo mundo se olvidó de construir escuelas y hospitales. Más tarde vendrán las lamentaciones por esta falla.

No nos habíamos decidido por ningún partido, pues no veíamos la razón para esa pendejada. Más bien nos inclinábamos por el liberalismo. Así, Agustín y yo nos hicimos masones algunos años después —cuando éramos hombres hechos y derechos, de buena reputación— porque la masonería se veía como una causa justa, una fuerza favorable para el pueblo. Íbamos al taller de la logia Luz del Carmen No. 21 (la que "construyó columnas" en 1862), donde encontramos compañerismo y estímulo en muchas formas.

El gobierno y el H.·. López vuelven a reconocer en Nieto a la nueva figura política regional que llena el vacío dejado por la clase dirigente anterior o emigrante de la ciudad, y el 30 de mayo de 1851 lo nombran gobernador de la provincia de Cartagena. Esta comprendía entonces los actuales municipios de Bolívar menos los del Atlántico, Mompox, Majagual y Simití. Nieto tomó posesión de su cargo el 22 de julio ante el gobernador interino, su pariente político Antonio López Tagle. Sus principales tareas inmediatas serán la de organizar la renta del diezmo suprimida por la ley del 20 de abril de 1850, para establecer una contribución directa alternativa que beneficiara a los cantones; y sentar las bases para la libertad definitiva de los esclavos el 1°. de enero del siguiente año.

Muchos propietarios habían estado aprovechando de los últimos bonos y dineros de los fondos de manumisión para salir de

por el poder para el partido liberal (que ya éste había ganado) y, en parte, por haber entrado a jugar el principio de la cooptación en las antiélites para compartir las gabelas de las ventajas económicas y políticas subsiguientes al triunfo. Muchos masones contemporáneos han caído así víctimas de la corrupción del poder. Esto ha llevado a algunos de sus miembros más prominentes (entre otros, Germán Zea Hernández, José Gómez Pinzón, César Ordóñez Quintero, Lorenzo Solano, Guillermo González Charry) a permitir la participación de masones (o la de ellos mismos) en gobiernos tiránicos recientes; apoyar dirigentes y funcionarios que deniegan el respeto integral de los derechos humanos; desvirtuar la antigua práctica nacional de la amnistía y el indulto político (de larga y respetable trayectoria histórica, como hemos visto); excusar prevaricatos y el abuso de la justicia; y, en general, cohonestar o reforzar regímenes que, por definición, van en contra de los más puros ideales masónicos y de las mejores tradiciones democráticas del país.

[D] Por otro lado, la ***dependencia económica*** nacional —nuestra colocación dentro de la división internacional del trabajo que impone el capitalismo— se expresa desde temprano en el empeño de encontrar por lo menos un producto de exportación que fuera aceptable en Europa. En el capítulo anterior se mencionaron las posibilidades costeñas o de tierra caliente. El oro empezaba a atraer extranjeros al Alto Sinú (Víctor Dujardin y Luis Striffler en 1844); más tarde la madera y el caucho caían en manos de franceses, ingleses y norteamericanos que establecieron enclaves capitalistas en la región (Fals Borda, *Capitalismo, hacienda y poblamiento*, 48).

Pero desde 1850, el tabaco fue el producto principal exportable, una vez que el monopolio (estanco) que ejercía sobre él el estado desde la colonia quedó legalmente terminado a partir del 1o. de enero de ese año (a raíz de lo ordenado por la ley del 23 de mayo de 1848). Claro que ya se venía explotando por particulares (Montoya, Sáenz y Cía. conectada con una compañía inglesa) y su fomento había crecido en la región de Ambalema y Alto Magdalena (Luis F. Sierra, *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*, Bogotá, 1971, 42). El tabaco bajaba en barcos por el Magdalena y salía por los puertos del Atlántico rumbo a Europa, primero a Londres (Inglaterra), luego a Bremen (Alemania), de donde se redistribuía a los consumidores. Este fue, pues, el principal recurso de divisas del país por un

esclavos viejos o habían procedido a sacarlos del país para venderlos en Jamaica y en el Perú. El gobierno provincial ejerció mayor vigilancia hasta cuando Nieto logró presidir, en emocionante acto colectivo en la plaza del Matadero, la emancipación formal de la gran población negra esclava de Cartagena congregada allí, para el efecto, el primer día de 1852.

"Ha desaparecido para siempre entre nosotros el odioso título de señor y de esclavo", dijo el gobernador en el discurso de ese día, que había preparado con la ayuda de Rafael Núñez, su amigo de la Sociedad Democrática. "Celebramos el triunfo de la humanidad sobre la violencia. Bien puede pesarle a los rancios privilegios, nada importa". Y dio consejos a los antiguos siervos negros en el sentido de respetar las leyes y las autoridades, defender la república y no confundir la igualdad con la completa desaparición de las diferencias sociales: "Las jerarquías existirán siempre como creadas por la naturaleza y por la sociedad [...] de la nada hemos visto salir muchos grandes hombres [...] todos pueden elevarse sobre ella poniendo los medios" (en lo que proyectó su propia experiencia)...

A mediados del mismo año de 1852 nombró a Núñez secretario de la gobernación, cargo que éste desempeñó hasta diciembre. Aunque Núñez ya lo había sido antes por unos pocos meses en el periodo del general Herrera (1850), este nombramiento por Nieto señala el comienzo real de la agitada carrera pública de aquel impresionante costeño, una de las más significativas e influyentes personalidades políticas que ha tenido Colombia.

Nieto y Núñez formaron un equipo gubernamental cuya tarea fue anticipo de algunos de los problemas nacionales que Núñez tendría como secretario de estado (ministro) primero, y como presidente de la República, después. El más complejo y delicado era el de las relaciones con el clero católico y la observación de la ley del 27 de mayo de 1851 que permitía la elección de curas por cabildos y parroquianos.

Esta ley produjo algo así como un terremoto en la estructura eclesiástica nacional como nunca después se ha experimentado. Los liberales habían perseguido por lo menos dos objetivos al aprobarla: fomentar actitudes democráticas en la base popular que a la larga beneficiaran al partido liberal; y disminuir el poder y control que tradicionalmente ejercían los curas párrocos en los pueblos, poder que por regla general se dirigía a apoyar la causa del partido conservador y sus gamonales. El sistema democrático de elección de curas desconocía abiertamente los

buen tiempo, hasta cuando la calidad del producto de Ambalema se perdió y creció la producción del tabaco de Java (en la década de 1870).

El problema de calidad empezaba a afectar el mercado del tabaco de Ambalema cuando lo suplió la producción nueva de la región de Ovejas y El Carmen de Bolívar. Esta zona de sabanas se convirtió en uno de los polos de desarrollo regional de ese periodo en la Costa atlántica (el otro era Barranquilla, que lo seguiría siendo hasta hoy). Una factoría nacional —con trabajadoras por ser más hábiles y cuidadosas que los hombres, a salario de unos diez pesos mensuales— se estableció en El Carmen en 1848. El fomento del cultivo recibió gran impulso, como no se había visto desde los días de los españoles, cuando el tabaco de allí se exportaba mayormente de contrabando (Sierra, 38, 97, 106; Safford, 235; Camacho Roldán, 175).

Ya hacia 1863, la producción de tabaco de El Carmen sobrepasó la de Ambalema y así se ha sostenido hasta hoy: es cultivo importante para millares de campesinos y trabajadoras en diversos centros de acopio y procesamiento (como en Ovejas), gentes que se han organizado en aguerridos gremios amparados por Usuarios Campesinos (con varios paros regionales a su haber en lucha por mejores condiciones de trabajo y precios). La región también es ganadera.

Adolfo y Agustín Mier llegaron a El Carmen en el momento de expansión inicial tabacalera, poco después de la peste del cólera. Parece que al principio, como en Palomino en 1840, la producción del tabaco se realizaba primordialmente en fincas pequeñas y medianas, esto es, era desarrollo del modo de producción campesino (mercantil simple o parcelario) que así se seguía extendiendo por la Costa. Más adelante, al quedar la tierra sujeta a tendencias monopólicas, el tabaco quedó dependiente de un *sistema de arriendo* (mal llamado *aparcería*) mediante el cual el trabajador "cosechero" recibía un lote pequeño donde sembraba los colinos y construía un pequeño caney para colgar y curar la hoja, todo por su cuenta (o por avances que podían mantenerlo endeudado), a cambio de lo cual reconocía al dueño de la tierra una parte de la cosecha del "tercio mejor", según el precio vigente (alrededor de una arroba por hectárea). La hoja enrollada y seca se vendía a comerciantes en El Carmen, Ovejas y Corozal, los más importantes de los cuales eran curazaleños y arubenses recién llegados (Gómez Casseres, Sebá, Pardey), quienes procedían a organizar la

cánones que imponen el nombramiento de obispos por el Papa y el de párrocos por los obispos y sus vicarios. En el fondo era una manera de introducir una reforma protestante, especialmente en la modalidad congregacional.

Por lo mismo, no sorprende la cerrada oposición de la jerarquía católica a la ley del 27 de mayo, la cual llevó a que el gobierno desterrara a varios obispos: los de Bogotá, Pamplona y Cartagena. El arzobispo de Bogotá era monseñor José Manuel Mosquera, hermano del general Tomás Cipriano. En este caso, al producirse su extrañamiento del territorio nacional, el liberalismo asestó también un fuerte golpe al temible dominio político de esa familia payanesa y alejó los fantasmas monárquicos y hereditarios a ella conectados.

De la misma manera, el 11 de mayo de 1852 el gobernador Nieto exigió al obispo de Cartagena, doctor Pedro Antonio Torres, que fijara un edicto para proveer los curatos vacantes. A la semana siguiente, el obispo Torres contestó que no obedecería por considerar que la ley del 27 de mayo era "contraria a la actual disciplina de la Iglesia según la cual no se reconoce en el pueblo derecho alguno para elegir a sus curas"; que, además, contaba con el apoyo directo del Papa, y que estaba "pronto a sufrir todo con resignación silenciosa". El fiscal presentó acusación ante la Corte Suprema y ésta dispuso la suspensión del obispo Torres y sus comparecencias en juicio criminal. Se negó también el prelado a este juicio "por no tener ya los Obispos en la república otras facultades que las espirituales y no aceptar la secularización de la potestad espiritual".

Así, el gobernador Nieto y el secretario Núñez ordenaron el 31 de julio obedecer la ley, y comunicaron a todos los funcionarios y empleados de la provincia que el obispo estaba "suspenso de sus atribuciones jurisdiccionales y que se le ha retirado el permiso de ejercer las anexas a su ministerio eclesiástico". Esta situación produjo el extrañamiento del obispo y el cierre de algunos conventos (como el de Santa Teresa) hasta cuando se derogó la ley del 27 de mayo por el Congreso de 1855, una vez abatida la revolución liberal, masona, anticlerical y artesanal de Melo y sus tropas.

Otro asunto pendiente era el de la canalización del Dique. La esclusa grande construida por el ingeniero Jorge Totten en la boca del canal sobre el río Magdalena se había dañado por inundaciones, y la obra volvía a perderse. Un informe al gobernador Nieto presentado por el ingeniero Juan May el 8 de sep-

Frailes de San Juan de Dios, en oposición a las leyes radicales de 1852.
(Dibujo de Torres Méndez).

tiembre de 1852 recomendaba que la provincia refinanciara las obras o las abandonara del todo, ante la competencia del canal de la Piña (de Barranquilla a Sabanilla) que funcionaba bien. No se veía otra solución sino hacer (desde donde el canal era más navegable hasta el mar) un camino de tablones puestos sobre estacones cortos entre Barranca y Mahates.

La compañía de navegación fluvial que ya se había constituido en Cartagena se declaró en quiebra. Este problema casi permanente seguirá minando la fortaleza de los gobiernos provinciales y llevará, junto con otros factores, a la caída de Nieto como presidente del Estado Soberano de Bolívar en 1864.

El 21 de mayo de 1853, a las pocas semanas de haber asumido la presidencia de la república el general Obando, se expidió una nueva Constitución nacional. Según Nieto, era "la más liberal conocida en la América del Sur" porque abría las puertas al sufragio universal: "¡El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo ha llegado! Será la república de TODOS", explicó Nieto. En realidad el sufragio universal así concebido era una quimera, porque los votos (sólo de los hombres) podían manipularse por gamonales y curas. Y como los curas en muchas partes dominaban en los pueblos, favorecían al partido conservador y combatían al rojo-impío, en realidad las masas se fueron engodeciendo casi sin que los liberales se dieran cuenta. Claro que la vía armada contra Obando y su régimen tampoco podía descartarse.

Con las riendas del poder regional en sus manos, Nieto empieza a sentir las tensiones políticas de base y a tomar medidas para defender su régimen y el gobierno de Obando. Desde Turbaco —donde ayudó a reconstruir por su cuenta el camino a Cartagena para viajar con comodidad en su coche, por ser cojo—, el experimentado caudillo mexicano en el destierro Antonio López de Santa-Anna empezó a ejercer influencia indirecta sobre los políticos locales. En el fondo, era una invitación a cerrar el Catecismo idealista de Sotomayor y Picón que había inspirado los actos de juventud de Nieto y muchos otros, y emplearan en cambio procedimientos maquiavélicos para extender la base política. Nieto debía extender sus bases de la ciudad, donde siempre había sido firme con los artesanos, al campo, donde apenas podía contar con algunos caseríos por lealtades familiares. Se puede apelar siempre al principio del bien supremo, susurraba desde lejos el héroe de Tampico y Veracruz; de lejos, porque Santa-Anna no fue bien recibido per-

reventa a los exportadores en Barranquilla, Cartagena y Santa Marta. Entre éstos se encontraban el general Joaquín Posada Gutiérrez, Juan de Francisco Martín, Henry Grice y Tomás Abello. En Mompox también trabajaba, en la misma línea, la firma Ribón y Cía. (Safford, 230). Estos comerciantes reexportaban a Europa a casas conocidas, de las cuales dependía la fijación final del precio del producto.

Como en otras partes del país (Santander, Boyacá), el cultivo del tabaco en la región de El Carmen y Corozal ha seguido siendo eminentemente familiar y parcelario. Depende de hijos y esposas el cuidado de la siembra y el alisamiento de la hoja, lo cual da lugar a una flagrante sobreexplotación (Cf. María Cristina Salazar, *Los condenados del tabaco*, Bogotá, 1981).

Los Mier lograron librarse de esta nueva esclavitud disimulada gracias a sus más amplios conocimientos y artes, entre ellos la herbología y la música de banda. En esta forma pudieron organizarse y progresar en la sociedad sabanera por muchos años hasta llegar a ser también masones, mientras Nieto se consolidaba como el hombre fuerte de Bolívar.

[E] La participación de los Mier en la *creación colectiva* del porro paliteao —el baile raizal de las sabanas de Bolívar— destaca la dinámica de la cultura popular con sus reglas especiales, su sintaxis y su propia estructura racional que sirven a los fines concretos de los grupos y clases sociales de base en las cuales se forma y perpetúa (capítulo 1 B). Mientras a nivel de las élites se experimentaba el colonialismo intelectual y se gozaba jugando con las ideas de Lamartine, soñando con personajes de Dumas y cantando arias de Donizetti (nada condenable en esencia, pero insuficiente y parcial), en la corriente de base campesinos y trabajadores inteligentes y cultos, en sus propios términos, dominaban con destreza los instrumentos musicales importados y les daban uso y vida diferentes.

De estas personas talentosas del pueblo sabanero surgió la experiencia creadora y muy costeña de transformar una banda de guerra en otra de baile. No fue cosa fácil traducir al pentagrama la personalidad artística —ágil, ruidosa y contrapunteada— del costeño cósmico. Pero esos músicos mulatos, zambos y tercerones de la región lograron hacerlo para rendir así culto a la vida, el amor y el trabajo antes que a la violencia militar. A esta corriente artística pertenecen porros clásicos como *María*

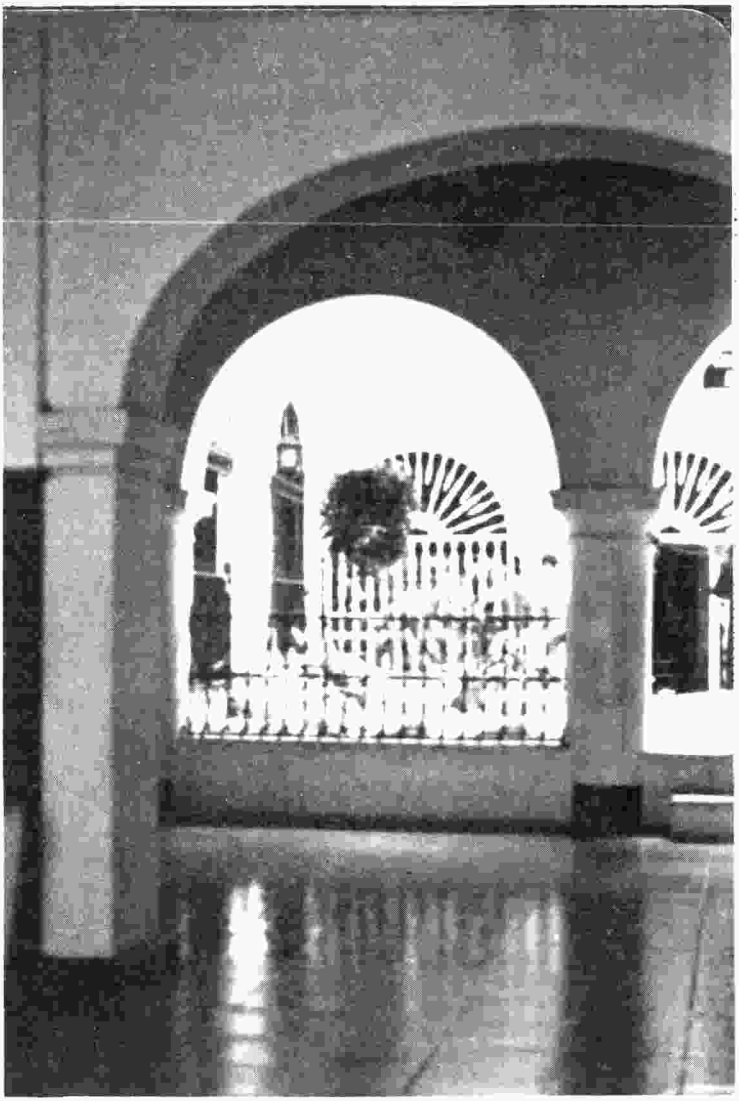
sonalmente por Nieto y los liberales de Cartagena que le acusaban —con cierta razón— de usurero y vendepatria, y el caudillo mexicano se relacionó más con los conservadores.

Sea como fuere, Nieto montó un aparato armado de defensa de su gobierno en los cantones de Sotavento, centrado en Sampués. Usó para el efecto personas de su confianza, a quienes envió oficialmente armas de la guarnición de Cartagena. Sería una maniobra inútil: el gobernador no sólo no alcanzaría a ganarse a la gente de los cantones, por las razones explicadas, sino que Obando mismo (a quien ansiaba defender) daba muestras de querer recoger las banderas del socialismo liberal que todos habían agitado desde 1848. Hasta otros líderes liberales y masones que Nieto había conocido en Bogotá traicionaban la causa popular y la de los artesanos. Se escindía el partido del pueblo entre "gólgotas" y "draconianos". Los primeros (inspirados en el místico discurso de un masón andino que consideraba a Cristo como el primer socialista) hablaban mucho, pero no apoyaban al pueblo sino a los comerciantes; los segundos (que querían imponer la draconiana pena de muerte como uno de los castigos contra la reacción) se comprometían con los artesanos, pero no ofrecían muchas ideas.

En todo caso, los peones y alfiles del ajedrez político empezaban a moverse. La Cámara provincial de Cartagena, con la sanción de Nieto, expidió su propia Constitución (en desarrollo de la nacional) el 11 de noviembre de 1853 y convocó a elecciones populares para gobernador, senador y representante de la provincia. Los draconianos postularon a Nieto como candidato a gobernador; los liberales gólgotas, al general Tomás Herrera; y los conservadores, a aquel impresor que se había burlado de Juan José cuando éste comenzaba a escribir: el doctor Bartolomé Calvo.

Parece que estas elecciones no fueron pulcras. Se volteaba ahora la acusación de 1838: ante el Congreso, los enemigos conservadores de Nieto se quejaron de que éste había sido "motor de actos ilegales para hacerse elegir gobernador" y que había contribuido a falsificar los registros de las elecciones. ¿Santa-Anna desplazaba por fin al doctor Sotomayor y Picón? Pero la Cámara provincial confirmó los resultados en el escrutinio, y Nieto, como triunfador, tomó nueva posesión de su cargo el 1o. de enero de 1854.

La ceremonia de posesión en el palacio de la gobernación



Posesión del gobernador Nieto (1854). Interior del palacio de la gobernación de Cartagena.

estuvo muy concurrida, con la presencia de muchos familiares, compadres, amigos y compañeros políticos de Nieto. Lope, el hijo mayor, consiguió en los montes cercanos una rama de roble delgada y derecha, que pulió él mismo para convertirla en bastón de mando para su padre. Y Teresa, orgullosa del triunfo de su "negro" querido, mandó forrar el bastón en carey y ponerle un puño y regatón de oro tallados con motivos cartageneros. Ella misma le entregó el bastón a Nieto cuando éste prestó el juramento de rigor ante el obispo y el juez del circuito, vestido de elegante casaca de lino, pues la prefirió al uniforme de coronel.

Pero 1854 será otro año cabalístico, de tensión, guerra y frustración, en el cual hasta los hermanos masones irán a quedar divididos y enfrentados, los artesanos desterrados, vetadas por un tiempo las Sociedades Democráticas, y las posibilidades de revolución popular postergadas casi un siglo. Será el año cruel de la tromba contrarrevolucionaria.

Varilla (en honor de una gran fandanguera), *Pajaro del monte*, *La vaca vieja*, *La butaca*, *La mona Carolina* y *Se salió el toro*.

Desgraciadamente el porro paliteao no ha tenido estudio cuidadoso por los especialistas. Apenas se conocen algunas de sus características técnicas y un esbozo de su origen. Un paso en la dirección adecuada es el artículo de Ciro A. Quiroz, "El porro pelayero", Coralibe (Bogotá), No. 29 (junio, 1981), en el que se consignan algunos derroteros para seguir profundizando sobre el tema. Entre otros datos concretos, el poeta momposino Candelario Obeso lo menciona como bailado en rueda, estilo cumbia, en la época cuando escribió *Er boga charlatán* (hacia 1869). Parece que de la región de sabanas siguió hacia los pueblos del río Magdalena (la tierra de la cumbia) y al sur con los nuevos colonos del Sinú, para encontrar su gran capital en San Pelayo, cerca de Cereté, donde continúa en plena vitalidad. (A. Alzate, *El músico de banda*, Montería, 1980).

La historia de la música costeña (a pesar de esfuerzos meritorios como los de los hermanos Zapata Olivella, Abadía Morales, Ocampo López, Valencia Salgado, Araújo Noguera y otros) está por escribirse. Las impresiones aquí consignadas se basan en entrevistas que hice con músicos sabaneros y del Sinú, además de la fuente primigenia de don Adolfo Mier Serpa en San Martín de Loba, él mismo antiguo músico de banda dentro de la tradición de la familia.